

Ida y Vuelta

Juan Vicente Teodoro Vidal

Treinta días de abono mensual, 30 historias

Resumen de "Ida y Vuelta" vista por M. S. Copilot (corregido)

Este abono mensual de treinta días, que incluye treinta historias, nos transporta a un universo poético y reflexivo donde el protagonista encuentra consuelo y alivia su soledad a bordo de un tren. A través de su teoría sobre el movimiento de la Tierra, la composición de poemas y sobre todo la observación del comportamiento humano, este viaje diario se convierte en su guarida, un espacio para contemplar y crear. A pesar de vida marcada por la rutina de ida y vuelta, el protagonista se diferencia de los demás, capturando momentos efímeros y reflexionando sobre su existencia.

Dedicado a quien entienda

IDA Y VUELTA

Copyright © 2025, Juan V. Teodoro

SINOPSIS

Gozaba de su tren, dos veces al día, por vocación. Allí encontraba su guarida, alivio de la soledad y tiempo.

Durante un viaje ideó su teoría de que la Tierra era la que se movía y no el tren. También componía poemas. Controlaba si la salida del Sol era a su hora. Hacía fotos con los megapixels movidos. Todo prescindible.

Observaba al género humano. Se decía a si mismo que el no era una hormiga más.

Tenía una vida de abono mensual y de ida y vuelta.

ÍNDICE:

Portada.....	1
SINOPSIS	5
ÍNDICE:	7
0.- Ildefonso	9
1.- Incompetentes y alienígenas.....	13
2.- El género humano.....	18
3.- Un día, Virginia.....	22
4.- La masa crítica	26
5.- El adelantamiento por el arcén e Ildefonso desfaciendo entuertos cual caballero andante.....	30
6.- El atasco del mundo	35
7.- Los metadatos	38
8.- El microondas y la <i>Mighty-power-fly</i>	42
9.- Trabajando en las actualizaciones	46
10.-El movimiento de la Tierra.....	52
11.- El funcionario que viaja tres asientos antes que él que se despierta justo al llegar a su estación.....	56
12.- Las golondrinas y los gorriones	60
13.- El Sol saliendo a su hora y el tiempo como bien renovable.....	64
14.- Mundos para-lelos.....	68
15.- El martillo rompe-cristales	72
16.- Las hormigas mueven el mundo.....	76

17.- Tatuajes, piercings y los animales estabulados	81
18.- La imaginaria y sorprendente simbiosis hombre-araña (e incluso hombre-hongo)	86
19.- Smart-cars.....	90
20.- <i>Starving children kissing priests</i>	93
21.- La propiedad privada.....	97
22.- Pantalones rotos, sobre todo en las rodillas.....	100
23.- Salimos más fuertes.....	103
24.- Donde las dan las toman. Cazador cazado	108
25.- La procesión va por dentro	111
26.- Se venden gamusinos	114
27.- Filomena de mi corazón.....	117
28.- Ríete de la alfombra roja.....	120
29.- Y se lo tragó la Tierra.....	123
30.- Lo cotidiano. Su gente	126
Epílogo: La soledad	130
Poesías	132
The End	137

0.- Ildefonso

Donde conoceremos a Ildefonso, un trabajador común con una peculiar percepción del mundo, que lucha por mantener su dignidad. Un auténtico héroe cotidiano. Su rutina diaria y su amor por la lectura, hacen que escape mentalmente de su monótona realidad.

Nuestro personaje, del que me adelanto a aclarar que no podemos identificar, porque no dejó pistas trazables de su paso por nuestra vida, es, aparentemente, un *pringao* que ha de trabajar para vivir. O sea, no es un político o cargo público, no vive de rentas, no le ha tocado el Gordo de la Primitiva, no tiene ningún título nobiliario, no cobra ninguna pensión, subsidio, beca o ayuda, ni siquiera de comedor, no tiene acceso a ninguna comisión y tampoco vive de la caridad de los demás. Pero NO ES UN PRINGAO. ¡EN REALIDAD, ES UN HÉROE! Sólo por eso, por vivir de su trabajo, ya merece un monumento, porque, aunque él no lo sabe, si bien lo sospecha, está sosteniendo, junto a muchos como él, a todas las tribus que hemos mencionado arriba y alguna más.

Sus anchas espaldas no lo son por su tamaño, pues es más bien insignificante. Insignificante quiere decir, que pasa desapercibido. Pero sus espaldas soportan todo el peso de la Administración del Estado, sus ministerios, altos cargos y sus asesores, el Consejo de Estado, el Congreso, el Senado, las Autonomías con sus Cámaras Legislativas y sus Consejerías, las Ciudades Autónomas, los Territorios Forales, las

Diputaciones, los Cabildos, los Concejos, las Veguerías, las Merindades, los Municipios, las Juntas de Distrito, la Justicia y los Tribunales Constitucional y de Cuentas, la Hacienda, la Sanidad Pública, la Educación, las Obras Públicas y demás capitalizaciones del Estado y sus múltiples centros de gasto, Las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad, las Embajadas y Consulados, las Obras de Interés Social, la Iglesia, las Loterías del Estado, el Banco de España, las grandes corporaciones del IBEX 35 y también las pequeñas que no cotizan en Bolsa, la VEGAP y la SGAE, las bolsas de plástico del súper, que es lo que más le fastidia, la Red Eléctrica Española, la Administración de Infraestructuras Ferroviarias, la Comunidad de Propietarios... Y no lleva más peso porque otros no han tenido la inteligencia e imaginación para crear aún otras formas más de sacarle su dinero por su bien, para su correcto gobierno y para su servicio. Que si no...

Ildefonso, que así le llamaremos a él mientras no tengamos más detalles de su identidad, tuvo de pequeño una visión que le marcó. Le compraron como mascota una tortuga de agua, de esas que se ponen en un pequeño acuario con una palmerita de plástico. Esa tortuga sólo buscaba la manera de escapar y lo intentaba una y otra vez hasta que volvía a caer en el pequeño estanque. Le compraron una compañera, que hacía lo mismo: sólo querían salir de allí. Al principio muy animadas las dos, pero poco a poco fueron perdiendo ímpetu conforme se daban cuenta de que no había salida. Un día murió una y al poco la otra. Fueron sustituidas por una tercera tortuga de agua,



que mostraba desde el principio más entusiasmo si cabe en intentar huir. Se llamaba **Lolita**. Un día tras otro, sin perder su interés seguía viendo si había algún resquicio o posibilidad de escape. Lolita murió también, posiblemente envenenada por los polvos de detergente que se escaparon del cacito, de una dosis de lavado, pues estaba encima de la lavadora y un golpe de viento hizo que volaran unos granos de aquel tensoactivo oxigenado

capaz de erradicar los restos de manchas más rebeldes, y fueron a parar al acuario de la tortuga. Las exequias de Lolita se hicieron como es menester, siguiendo el protocolo, en su ataúd de caja de zapatos de una muñeca que vestía de princesa, al lado del río, en una ladera orientada al sur para que le llegara el calorcito del Sol en invierno a los restos de la pobre. Ildefonso se grabó a fuego la idea de que NO HAY SALIDA. De aquí no sale nadie vivo. Y supo que, algún día, a él le

pasaría lo mismo que a Lolita. Así que, en lugar de huir, enfocó desde entonces su ímpetu en intentar disfrutar del viaje.

A propósito de viaje, nuestro semi-desconocido, un poco misterioso, Ildefonso cogía el tren de Cercanías, y como alternativa en caso de incidente el autobús de línea, todos los días para ir al trabajo y volver. Completaba sus recorridos en metro, que al fin y al cabo es un tren que va y viene todo el tiempo. Así, entre desconocidos, era uno más de la corriente humana diaria de las horas punta.

Podéis pensar que un tren de Cercanías o cualquier otro transporte público es un lugar aburrido. Pero Ildefonso no pensaba lo mismo. Para él subir al tren era lo mejor del día, porque le permitía viajar más allá de su particular, anodino, este si insignificante, acuario particular, con su palmerita de plástico de adorno en el comedor. Ildefonso consideraba ese tren como propio. Bien podía presumir de ello por su perseverancia en habitar allí dos veces por día y por lo caro que le costaban, medido en horas de trabajo, los impuestos que le sacaban cada mes del fondo de sus mismos bolsillos. En el tren veía mundo. Al contrario que Lolita, él sí que había logrado escapar cada día de su prisión y confinamiento. Sentía la libertad asociada al balanceo del tren y a sus cambios de velocidad al aproximarse y alejarse de las estaciones. Esos cambios eran captados por todos sus sensores, al igual que los demás fenómenos que se ponían a su alcance en los apasionantes viajes cotidianos.

1.- Incompetentes y alienígenas

Donde Ildefonso elucubra sobre la incompetencia de sus compañeros y jefes, que le parecen delegados de los alienígenas

Naturalmente, con tanto tiempo, más de una hora de ida y más de una hora de vuelta, Ildefonso tenía tiempo de pensar. Pensaba en muchas direcciones, igual acerca de la naturaleza, del Universo, sobre posibles civilizaciones extraterrestres, como de su trabajo y su futuro. Lo de las civilizaciones extraterrestres le venía a la cabeza precisamente en cuanto se acordaba de la oficina. Si los compañeros, y sobre todo su jefe en la oficina, fueran *normales*, no serían tan incompetentes. En cambio, cabían al menos dos posibilidades: o los de la oficina ya eran alienígenas camuflados en cuerpos de humanos y no se enteraban de mucho, o los alienígenas los elegirían a ellos para ese paso en su plan para colonizar la Tierra. Eran candidatos naturales por su incompetencia. No habría que vaciar sus mentes, porque en realidad ya no albergaban en ellas mucho de valor, tras largos años de tedioso trabajo, por ser clemente en las expresiones, en los que se veía claramente que apenas un 10% de su tiempo era productivo. El futuro le desanimaba bastante, porque se veía repitiendo las mismas cosas permanentemente, un día tras otro en su tediosa oficina, hasta que le tocara jubilarse, para lo cual aún le quedaban años. Como era leído, le venía a la mente el **Mito de Sísifo**, cumpliendo Sísifo el castigo impuesto por los dioses,

consistente en el inhumano esfuerzo de subir una y otra vez una pesada piedra a lo alto de la montaña, para ver cómo la piedra caía bajando irremediabilmente hasta el valle, cada vez que la había llevado a la cumbre, y teniendo que volver a subirla, repitiendo la misma operación eternamente. Pero no estaban las cosas como para perder su mediocre ocupación por intentar buscar otra cosa más animada. Las deudas había que ir las pagando y no se veía a sí mismo muy confortable, el pobre Ildefonso, desahuciado y durmiendo en la calle. Así que prefería seguir subiendo su piedra, como Sísifo, también eternamente si fuera posible.

La vida extraterrestre, una vez instalada en su oficina, tampoco tendría muy fácil cambiar las cosas, pues es sabido que un mismo patio o solar, cuando llega la primavera, produce los mismos abrojos y hierbas que los años anteriores, y todo se adecúa a las circunstancias. Es el entorno el que configura lo que se contiene en él y no al revés. Si uno viaja al polo no le valen las chanclas y el bañador, sino que ha de ponerse botas de piel y plumífero. De la misma forma pensaba que si los extraterrestres ocuparan los asientos del consejo de su compañía, acabarían volviéndose igual de incompetentes que sus actuales inquilinos. “Nada nuevo bajo el sol” como diría el **Eclesiastés** de la Biblia o “El eterno retorno de lo idéntico” como lo expresaba el genio germano de **Nietzsche**.

Porque sí. Ildefonso era muy leído. No en balde pasaba casi dos de cada veinticuatro horas de sus días y noches no

feriados en el tren. Al menos él, durante el trayecto, se ilustraba. Leía, estudiaba, se rebelaba contra el desconocimiento y las carencias de su educación y decidió que, en lugar de dormir o de perder el tiempo jugando con el móvil, ya que no podía cambiar las cosas *de fuera*, iba a mejorarse él y no se iba a quedar como sus compañeros de oficina, un poco idiotas. Había leído, y estaba de acuerdo, que un solo idiota cunde mucho y que es capaz de estropear la convivencia y resultados de todo el equipo y se decidió a ilustrarse en todo lo que pudiera, a crearse un escudo protector que le librara de la enfermedad social más extendida que podía detectar, que iba transformando paulatinamente seres normales en seres incapaces de tener ideas propias o incluso de sentir, ser sensibles. Y así uno tras otro abordó proyectos personales de estudio y lectura en su vagón convertido en aula. Igual estudiaba un idioma aprovechando que en el tren nadie le interrumpía, como leía libros de filosofía, novelas clásicas y *best sellers*, todo lo que caía en sus manos y cupiera en su pequeña bolsa que viajaba con él.



Así, se despegaba mentalmente de todos esos incompetentes, que comparaba por su carácter efímero con los *ninots* de las fallas, que no se dan cuenta que su trabajo, en grupo, se ha convertido en una vulgar condena a galeras, donde estarán haciendo lo que no quieren, al ritmo que cante su capataz o jefe, para el que no son nadie, y al final acaben interiorizando que en realidad no son nadie, porque todo lo que

hacen, el trabajo que desempeñan para su compañía, no tiene en realidad ningún valor, se puede pasar sin ello, se trata de algo innecesario, se hubiera podido hacer mejor, pero nadie lo cambiará porque los jefes son incompetentes y van a lo suyo. El no. Ildefonso estaba un palmo por encima de ellos, no se sentía como un preso *común* castigado a galeras o un esclavo haciendo trabajos forzados, sino que veía su condición y la había asumido más bien como el castigo de alguna *divinidad* con algún propósito épico e individual, que había que llegar a descubrir. Transformó su existencia, las cotidianas repeticiones de lo mismo, como un ejercicio de superación en el que, como pensaban los alquimistas, la repetición del experimento le podía llevar al final a un resultado inesperado. Al menos, con su discernimiento, a diferencia de sus compañeros de trabajo, podía apreciar todos estos matices, ver que no formaba parte del rebaño y podía distinguir la incompetencia de otros. El hecho de aprovechar el tren para formarse le hacía mucho bien, porque daba una razón más a su existencia y una herramienta para ese paso del cambio cualitativo a mejor producido por sumas cuantitativas de las mismas cosas.

Y poco a poco el tren se fue convirtiendo en su refugio, un lugar donde su espíritu solitario un poco canino, pero jamás servil, sino más bien al estilo *canis lupus*, había decidido construir su guarida, desde la que acecharía todo atisbo de incompetencia, preparándose para una gran hipotética batalla, con o sin extraterrestres, que ya no estaba muy seguro de que pudieran haber llegado de tan lejos.

2.- El género humano

Ildefonso aprovecha sus trayectos diarios para investigar el comportamiento humano.

Todo está en los libros, pero antes ha de escribirse. Y para escribirse ha de observarse, estudiar las posibles causas, crear un modelo de lo que ocurre, elaborar hipótesis e intentar probarlas en otro ámbito para ver su consistencia, o sea, investigar. Sabía de memoria la cita, pero no recordaba el nombre de su autor:

"Investigar es ver lo que todo el mundo ha visto, y pensar lo que nadie más ha pensado."
(**Albert Szent-Györgi**) .

Ildefonso, desde su atalaya, veía todo lo que ocurría a su alrededor. Como aún tenía la máquina de pensar en buen uso, pensaba muchas veces lo que nadie más había pensado, de forma que investigaba. Pero no investigaba cualquier cosa. Se dedicaba a investigar al género humano. Veía a los humanos desde varios puntos de vista. Pensaba que era un privilegio observarlos en el ambiente del tren, porque era un ambiente caótico donde las interacciones ocurren casi aleatoriamente, donde en cada estación se renueva parcialmente el contenido del 'matraz' del experimento, donde participan prácticamente todos los niveles, castas, clases, grupos de la sociedad y donde las interacciones tienden a simular las condiciones ideales de libertad porque en principio, y a pesar de la gran concurrencia, en el tren *nadie conoce a nadie*, ni está mediatizado por *el qué*

dirán, que interrumpe muchas de las posibles actuaciones humanas en otros ambientes. Luego veremos que eso no es del todo así, pero como aproximación para definir su sistema, es válido.

Así, Ildefonso, en los intermedios de sus estudios de fondo, aprovechaba cualquier espécimen o grupo de ellos para ver su comportamiento e interacciones con otros especímenes. Con su prodigiosa memoria, captaba detalles y los comparaba con otros de su *base de datos*, que daban a entender algunas de las razones, ocultas para la mayoría, que pudieran explicar los comportamientos, y elucubraba sobre su significado, sus causas y, en un alarde, sus posibles consecuencias.



Se interesó Ildefonso, durante un ciclo, por la vida de los animales estabulados, para intentar explicarse el raro fenómeno de las modas. Porqué un año a todo el mundo le pirraba el color verde. Todas las mujeres llevaban alguna prenda de ese color. Los anuncios eran en verde. Los idiotas de su oficina se escribían notas en verde. Lo achacaba el espíritu gregario. Se decía, porque conversaba consigo mismo, que les parecía atractivo incorporarse a la manada como una medida de autoprotección. No para que les vieran más sino para camuflarse y pasar desapercibidos ante la amenaza de algún depredador, que se fijaría más en quien se saliera de la fila. En *la manada*, la probabilidad de ser visto era inversamente proporcional al número de individuos, mientras que fuera de ella, el que es distinto funciona como un faro. Pero él no iba a escribir en verde si se ponía de moda. Ni cambiaría sus corbatas de rayas por otras de flores o paramécios para seguir la moda. Salvo que, para mejor observar, tuviera que camuflarse y no llamar la atención. Todo sea por la Ciencia. Pero le repateaba.

Sus conclusiones sobre lo que veía en el tren iban engrosando un diario o block de notas, que algún día, en un descuido de Ildefonso, examinaremos para fisgar un poco. Era valiente este Ildefonso, pues no es sencillo elaborar una teoría sobre la conducta humana, sin ser médico, ni psiquiatra, ni psicólogo, ni publicista, ni religioso, ni dedicado a la política, ni filósofo, ni antropólogo. Si tuviera la osadía de publicar sus conclusiones, todos los gremios que he mencionado se le

echarían encima acusándolo de oportunista, aficionado, sin escuela, sin fundamento... Y no se darían cuenta de que precisamente eso, su independencia, su partir de cero, el que sea, en principio, un ser *normal*, le autoriza a Ildefonso a formular cuantas teorías desee, siempre que pueda probar que son ciertas. Albert Szent-Györgi no dijo que hiciera falta un doctorado para investigar. Sólo pensar lo que nadie había pensado antes.

3.- Un día, Virginia

Donde Ildefonso se da cuenta de que ciertas presencias que detecta inconscientemente, como la de Virginia, pueden cambiar su percepción y capacidad de recordar detalles.

Virginia era una chica rubia que, como la mayoría de las rubias, no pasaba desapercibida para un mediterráneo como Ildefonso. Bien proporcionada, se movía con sencillez y ligereza entre el mogollón de viajeros de la hora punta. Con una cara agraciada, pero sin estridencia.

A veces iba con un grupo de compañeras que seguramente trabajaban juntas. Desde lejos se diría que, entre sus temas preferidos hablaban del vestido de *Leticia* en su última aparición, del último show de *Sálvame* y de que ese año no hacía verano. Conversaciones intrascendentes de tren yendo al destino próximo en las que Virginia les llevaba la corriente a sus amigas, ya que en realidad la materia de esos parlamentos la traían al paio. De vez en cuando ella reía y, al hacerlo, era una golondrina quien reía con una risa sincera y plana. Ese detalle de la risa había llamado la atención de Ildefonso.

Pero ese día iba sola. No habrían subido sus amigas en el mismo vagón. Vestía de vaqueros ajustados casi siempre y hoy iba con su abrigo azul y zapatos tipo mocasines, con los que parecía surcar el espacio volando bajito. Llevaba también su bolso de piel y una cartera de las de ordenador.



Virginia debía ser empleada de una empresa tecnológica o quizá financiera. Ildefonso lo dedujo cuando un día que viajaba enfrente de él, vio, levantando la vista por encima de su periódico gratuito un dossier con un logo *súper-fashion*, que ella llevaba sin que tuviera mucha prisa por examinarlo, como si fuera la lección que tenía que llevar aprendida en alguna reunión de trabajo.

Por el estilo de su ropa y su cuidada manicura dedujo que o bien era administrativa o técnica. Quizá de sistemas, de infraestructura o de grandes cuentas. Algo para lo que hicieran falta cálculos, eso seguro. Debía tener algo que ver con la informática. Alguna de las expresiones que tenía con sus amigas indicaban que tenía estudios técnicos, aunque ella procuraba no distinguirse demasiado del grupo de las locuaces

compañeras, y no llamar la atención.

Virginia, tal como era percibida por Ildefonso, aportaba a aquel tren su virtud de hacerlo habitable con su sola presencia, aunque se bajaba en alguna estación antes de la suya. Su risa, su sencillez, su estilo daba un toque fresco a tanta presencia gris y sin convencimiento. Demasiados cuerpos dotados de un cerebro sin uso, carentes de ilusiones, movidos por un extraño sistema de hilos invisibles a modo de un gigantesco teatro de marionetas, y en medio ese toque de color, ese sonido y delicadeza de formas y expresiones que sólo podían surgir de un ser inteligente.

El espíritu investigador de Ildefonso iba más allá: se imaginaba cómo sería su tiempo libre, si tendría amistades con las que salir, cuáles serían sus gustos musicales o de lectura, cuál era la base de su dieta, dónde vivía, dónde trabajaba, si tenía familia (novio o marido no parecía tener), mascotas, su interés por el cine, auténticamente escuela del espíritu, como en su día fueron los cuentos clásicos, tan cargados ellos de traiciones y de personajes poco recomendables, sus gustos musicales, incluso qué le podría gustar de comida. Iba más allá su pensamiento, pero ahorramos al lector detalles para no incurrir en algún delito sobre la protección de datos de nuestros personajes. Basta con decir que era consciente de su feminidad y con ello todas las demás implicaciones que pudieran derivarse de esa circunstancia en relación a su propia condición de pringao profesional en el menester de conseguir que alguien

se fijara en él y le tuviera en cuenta o por lo menos no le ignorara.

Bien mirado, Virginia era una mujer demasiado perfecta, pensó, para él que ni siquiera se peinaba delante del espejo, al despreciar casi completamente las meras apariencias físicas. Para Ildefonso la belleza estaba sin duda en el interior. Pero es que atisbaba que en el interior de Virginia debía haber en verdad mucha, mucha belleza. Belleza que se manifestaba en sus graciosas formas y sobre todo en cómo les sacaba partido a ellas, a esas formas que ya de por sí la distinguían del resto de las mujeres del género humano. “Entre todas las mujeres” era la frase que le venía a Ildefonso al pensamiento cuando se sorprendía a si mismo pensando en Virginia, tan virginal ella, tan pura, tan inocente sin pose, tan distinta de los demás humanos que pululaban en su tren.

Virginia no se fijaba en Ildefonso. Para ella era un objeto transparente... al menos lo era ese día, en que él se fijó en ella. Mejor, porque así el podía jugar a que era capaz de ver más allá en una introspección mediante la cual la que su cerebro le proponía, era ella el ser transparente. Pudo fijarse y verla bien, precisamente por la indiferencia y despreocupación de ella. Eso ese día. Un día que cambió la era de Ildefonso. Año 1 de Virginia, habría que decir en adelante.

4.- La masa crítica

Ildefonso tiene la intuición de que en efecto, con cambios cuantitativos, por encima de un valor crítico, se pueden producir cambios cualitativos y que la cuenta atrás ha empezado.

Ildefonso recordaba sus clases de Física y le obsesionaba, junto a las paradojas de la Teoría Cuántica, la cuestión de la masa crítica. ¿Cómo era posible que dos piezas metálicas, de gran pureza, pulidas y brillantes, aparentemente inertes, al juntarse formando un sólo bloque se comportaran de forma que daban lugar a una reacción nuclear en cadena? Ese era el principio de la bomba atómica de fisión, como las que hicieron explotar sobre **Hiroshima y Nagasaky**: esas dos partes metálicas se mantienen separadas dentro de un cilindro y en el momento deseado dos pequeños explosivos en los extremos externos del cilindro empujan violentamente los dos trozos de metal uno contra el otro, rompiendo los elementos que los separaban y se desencadena el infierno atómico. Un manantial de neutrones procedentes de la fisión de los primeros núcleos alcanza los átomos vecinos, haciéndolos inestables y provocando su fisión y generando un torrente aún mayor de neutrones, de forma que toda la masa unida de metal acaba desapareciendo y formando otros elementos de menor peso atómico, desprendiendo una cantidad gigantesca de energía. Toda la reacción ocurre en una fracción de segundo y supone la devastación del pedazo de mundo que queda más cerca. Ildefonso no recordaba el metal

exacto de partida, que podía ser uranio, ni los productos de fisión, pero si que lo asociaba con otro fenómeno que sucede alguna vez a escala humana.

Y es que Ildefonso creía saber las causas y reacciones del alma humana. Ildefonso pensaba que, al igual que sucede en la bomba atómica, a veces, dos personas que se muestran estables en un estado aislado, coinciden, intercambian algunas opiniones, se observan mutuamente, y entonces, en esa interacción, las neuronas de ambos generan alguna clase de fluido, como el del torrente de neutrones de la bomba atómica, provocando una reacción en cadena, sin límite ni freno, generando una energía que es capaz de superar cualquier obstáculo y de conseguir cualquier objetivo, porque todo lo que ambas son y han aprendido se combina en forma de un supercerebro que ahora gobierna lo que antes eran dos cuerpos.

La reacción en cadena que se inicia al superarse *la masa crítica* es irreversible. Ya no pueden volverse a componer los dos pedazos de metal y de la misma forma ya no pueden recomponerse los dos humanos que formaron su masa crítica, porque habría que almacenar toda la energía liberada transmutando las partes en lo que fueron y, una vez alcanzado un nivel estable de energía, no es posible espontáneamente volver a la situación anterior inestable. Lo de irreversible se entiende muy bien cuando se tiene en cuenta que si se cae al suelo un vaso y se rompe es muy poco probable que espontáneamente los pedazos de ese vaso se reúnan formando

el vidrio original y acaben en la mesa desde la que cayó, sin que hagamos nada para que este fenómeno de recomposición suceda.



Le gustaba mucho a Ildefonso contrastar estos pensamientos con el juego de creencias arraigado entre la gente, incluidas por ejemplo la de que la dieta que siguen es hará adelgazar o que el Gobierno resolverá los problemas económicos.

Hay cosas que son irreversibles. Cuando engordas no hay nada que te devuelva al estado original y si el Gobierno te sube los impuestos, date por enterado que eso es todo el recorrido que vas a observar. Nunca se vuelve a la época en que eras feliz con lo que tenías, a pesar de que siempre hay algunos que parece que se encontraron con la Virgen en una repisa y desde entonces están más delgados y más guapos, son más ricos y todo el mundo les quiere. La masa crítica a veces no se consigue juntar nunca. Pero si llega, prepárate a abandonar tu vida anterior y los parámetros que la definían. Ya no rigen las mismas leyes físicas del Universo.

Cualquier cosa que te propongas sucederá, quizá porque solo te vas a proponer aquello que de verdad te llena y te motiva. Y toda esa energía liberada es la que tiene la culpa de lo que sucede. Ya no hay manera de encerrarla en el contenedor de donde salió. O, para que nos entendamos, el tiempo no vuelve atrás. Sólo tiene un sentido. En este Universo el tiempo no es reversible. Está *diseñado* para que el desorden vaya siempre en constante aumento.

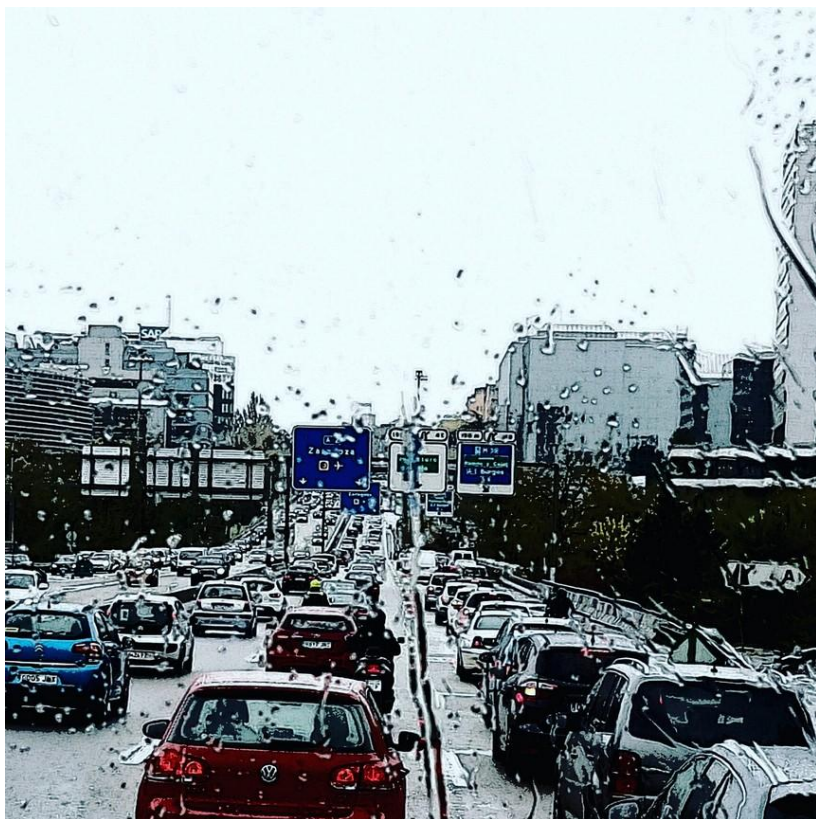
A ver quién es el guapo que detiene la expansión del mundo y consigue meterlo todo en la singularidad del *Big Bang*. Fue Big, fue Bang y ya. Masa crítica. Ese concepto. Ildefonso lo entiende.

5.- El adelantamiento por el arcén e Ildefonso desfaciendo entuertos cual caballero andante

A los caballeros andantes, como Ildefonso, no les gusta la gente que hace trampas.

Hay algo que no se traga Ildefonso y es ver que hay algún listillo que se salta la cola que produce el atasco, adelantándole por el arcén. En la gran ciudad las carreteras de acceso en las horas punta de la mañana no tienen capacidad suficiente para tragar toda la avalancha de vehículos que intentan entrar o salir del centro. Los atascos son inevitables. Pero siempre hay varias clases de vehículos que tienen bula: cuando viene una ambulancia o un coche de la policía haciendo sonar su sirena, todos intentan, dentro del limitado espacio disponible, dejar un carril imaginario para que pueda circular el coche de emergencia, casi siempre por el arcén, porque pasando por allí, que ya el arcén es medio carril, hay que producir menos movimientos en los vehículos de la larga cola y se llega antes al punto del conflicto. Las motos también se cuelan entre dos carriles en una especie de carrera loca de obstáculos, sorteando los espejos retrovisores y anticipándose a cualquier movimiento del coche de delante que les cerrará el paso. Le da a la escena un cierto aire de competición. Hay unas reglas no escritas que gobiernan la coreografía y si a ello le sumamos una dosis de paciencia infinita y que el café matinal

aún no habrá hecho efecto, entonces se soporta la situación con un cierto estoicismo. Adelantas, como parte de tu cola, espontáneamente, al coche del carril de la izquierda y al camión de la derecha, pero en otro movimiento del gran baile, ellos, los dos, te superan dejándote unos centenares de metros atrás, y así una y otra vez, de manera aleatoria, pues se trata de un fenómeno caótico.



Pero hay una especie de *homo*, el *Homo Incontinentus*

por ser suave, que descubre a su edad que existe el arcén, ese que emplean los vehículos autorizados a saltarse la disposición general de espera paciente, en el que ve un camino despejado y se lanza. Sólo que no es ninguna emergencia. Se trata del placer de pasar unos centenares de vehículos que esperan pacientes y ahorrarse así varios minutos de cola. Esta especie de gran simio no es del agrado de Ildefonso. Él se relaciona con otros especímenes *homos*, incluso con grandes canes, felinos y aves, pero no soporta al Homo Incontinentus al que el llama, en su lengua romance, *listillo*.

Las veces que Ildefonso coge el coche, que si puede ser no es en días laborables para acudir al trabajo, también participa, sin que le haga ninguna gracia, en las procesiones rituales y atascos que se montan. Lo soporta bastante bien, abstrayendo su mente. A veces haciendo cuentas mentalmente, repasando el penoso estado de sus finanzas, que sigue "estable dentro de la gravedad". A veces visualizando lo que hará cuando llegue a su destino, no sea que se la vaya a olvidar algo importante, porque es sabido que lo que no se previsualiza, simplemente no se hace, ya que nuestra memoria es visual y nuestra previsión es justo eso *pre* y *visión*.

Pero cuando Ildefonso observa por el borde del retrovisor que algún listillo usa el truco del arcén o cuando confluyen dos carriles en uno y hay algún coche que, en lugar de ponerse como él en la cola única, sigue adelantando, con intención de colarse bastante más hacia delante que los que

llevan como él ya un buen rato en la cola, y lo hace por el carril que ya se quedó vacío, inicia una maniobra que consiste en ponerse entre los dos carriles para intentar taponar el paso al listillo. Algún día tendrá un disgusto, porque el coche que viene a colarse no se dará cuenta a tiempo de la maniobra de Ildefonso y estampará su morro contra el maletero de Ildefonso. Pero piensa que si el golpe es por detrás será el seguro del otro el que tendrá que pagar. Además, se siente educador de una de las especies de grandes simios que constituyen la Humanidad.

Porque, igual que hacen los arqueólogos que a cada hueso de mandíbula que encuentran lo asocian a una nueva especie, como si todos los de la misma especie tuvieran que tener el mismo diseño de mandíbula, cosa que evidentemente es una chorrada y ganas de tener notoriedad creyendo que figurarán en los libros de Prehistoria, con nombres absurdos como *Homo Garciae* si lo ha descubierto por ejemplo el Dr. Manuel García, del mismo modo, y como chanza, Ildefonso considera que, ¿porqué no? en la ciudad conviven varias especies del género 'homo', todos pertenecientes a la familia filogenética de grandes simios, que comparten a veces lengua, costumbres, religión, como también ocurre en las películas de temas espaciales que llegan al bar del puerto alienígena y todos están tomando algo fluorescente y con espumita con el ambiente de fondo de la orquesta de clarinetes raros y se entienden cuando hablan y saben todos acerca de *La Fuerza*, y tal.

Pues de todos esos grandes simios, a Ildefonso no le gustan los listillos y cual caballero andante se dedica a desfacer entuertos en las colas del atasco, con grande riesgo para su vida y su coche y con la indiferencia generalizada del resto de la manada de *homos*. Y esa sensación de vacío es uno de los motivos que le impulsa a usar lo menos posible el coche y a montar en su tren con agrado.

6.- El atasco del mundo

Contra lo que cree la mayoría, Ildefonso sabe que el mundo está gobernado por el Atasco Universal.

Porque todo esto del atasco es muy importante. Ildefonso como pensador ha desarrollado *la teoría del atasco*, que viene a estudiar las causas por las que casi nada ocurre cuando quisiéramos que ocurriera y lo hace a un ritmo más lento. Las listas de espera para entrar al quirófano, los atascos en carretera, la disfunción de la glándula biliar, las crisis económicas, el motivo por el que la NASA siempre aplaza los lanzamientos, pero nunca los adelanta, todos esos fenómenos son ejemplos y manifestaciones del atasco.

Así, más que el bien y el mal, en realidad el mundo tiene dos polos opuestos: la Santa Normalidad y el Atasco Universal. La Santa Normalidad es, por ejemplo, cuando el tren sale a su hora. El Atasco Universal se manifiesta cuando por megafonía anuncian “RENFE les informa que, por una incidencia en Atocha, los trenes entre Alcalá de Henares y Chamartín pueden sufrir retrasos de entre 15 y 30 minutos”. Se produce el caos más absoluto, porque en donde debía de haber hasta 100 *homos* por vagón se duplica el número, con lo que resulta evidente si a alguno de ellos le ha abandonado su desodorante o, peor aún si se han divorciado el *homo* y su desodorante de común acuerdo. Y ese caos se complica en sucesivos convoyes, de forma que puede darse el caso de que entre trenes abarrotados haya uno que circule

medio vacío porque el anterior ya cogió a todo el mundo y mientras tanto no ha llegado ningún enlace de otra línea, debido al atasco que hay formado.



Toda la teoría sobre la viscosidad y la dinámica de fluidos, en un mundo formado por partículas que circulan en etapas sucesivas, es un mundo cuántico, que responde a las leyes del caos y concretamente a las que gobiernan el atasco. Ildefonso descubrió que en realidad toda la Teoría de la Física Cuántica es un sub-apartado o sub-producto de su Teoría del Atasco. Desarrolló fórmulas muy precisas con las que podía simular operativamente diversos escenarios de caos por atasco. ¿Cómo creéis que se sentía el pobre Ildefonso cuando, sabiendo de qué causas dependen las colas, tenía que soportar estoicamente una, sin que nadie tuviera ni pajolera idea de cómo resolver la situación? Veía que, en el centro comercial, los sábados por la tarde ponían vigilantes *a dirigir el tráfico*,

que se dedicaban a poner barreras donde habitualmente no había y a forzar a los conductores a seguir unos determinados caminos. La verdad, pensaba él, no es que debido al atasco se necesitaban los vigilantes, sino que más bien debido a que habían tomado la costumbre de enviar a los vigilantes el sábado por la tarde era por lo que se producía tamaño caos.

Su teoría igual servía para explicar el tránsito intestinal que la necesidad de más líneas de fibra óptica entre Europa y Estados Unidos. Lo que pasa es que académicamente no podía lucirse, por las reticencias que despertaba en los expertos de la Cátedra de Investigación Operativa a ser aceptado entre sus huestes y por otra parte, si hablaba de estos asuntos con algún otro *homo* notaba una expresión como del tipo: Qué mal está este Ildefonso, cada día peor. ¿Qué será de él cuando se haga viejo? No hay nadie que le entienda. Pero él seguía erre que erre. Estaba trabajando en mejorar las ecuaciones que le permitían anticipar el momento y las condiciones en que un sistema se atasca irremediamente. Tenía claro cuándo se iba a producir la siguiente crisis y cómo ni los políticos ni el ambiente general podían hacer nada por evitarlo. Reprobaba que sin embargo sacaran pecho luciéndose de haber hecho lo necesario para salir de la crisis ¿Cómo? Si ni siquiera saben hacer las previsiones correctas, ¿cómo pueden saber la forma de actuar para corregir o mejorar las expectativas?

Y es que el Atasco tiene reglas propias. Y él sabe cuáles son.

7.- Los metadatos

Ildefonso descubre que la parte más versátil y jugosa de la información está cifrada en los metadatos y observa a sus compañeros de viaje como especímenes vivos.

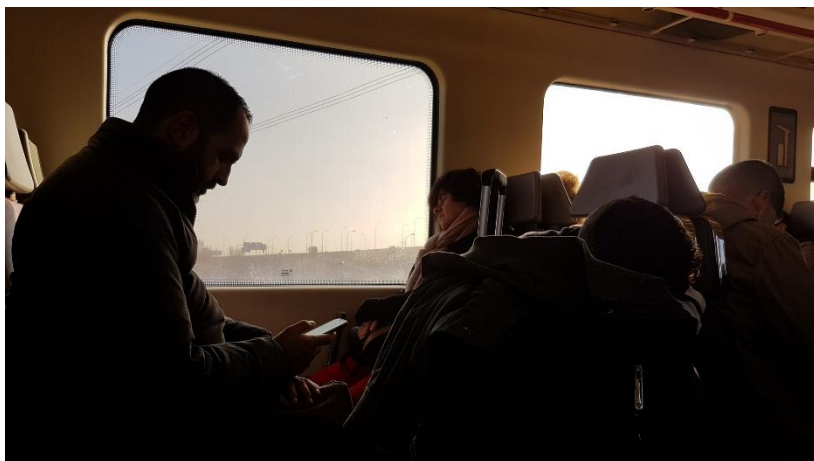
El lenguaje humano es en parte *abierto* y en parte *cifrado*. Ildefonso observa que los pasajeros de su tren hablan por teléfono, y detecta diferentes estilos.

Está en un extremo el que habla a voces contando hasta los más recónditos detalles de su intimidad y de la relación con quien está hablando. Piensa Ildefonso que se deberá a un ansia de que le haga alguien algún caso, quizá para presumir de teléfono. Muchas veces el último grito de la telefonía está en manos de un indocumentado que viste pésimamente. Otras para presumir de operación de vesícula, con extracción de la víscera y posterior postoperatorio y secuelas detalladas, teniendo así los 5 minutos de gloria reglamentarios frente a un público que no puede huir.

Tenemos en el lado opuesto el que considera la conversación que está manteniendo como privada y procura no dar pistas de lo que está diciendo en realidad. Así que la otra parte ha de conocer la clave primaria o evidente del lenguaje de medias palabras empleado. Porque la verdadera clave es entender por qué está llamando, a quien, y porqué de su ansia de secreto.

Claro que en medio está el *telefoneador* ocasional que

recibe una llamada o que recuerda que ha de hacerla y habla sin gritar, discretamente, sin dar muchos detalles, pero en lenguaje plano, en *román paladino*, cuyo objetivo evidente es transmitir una información más o menos clara sobre un asunto cotidiano, sin que de ello dependa la paz en el mundo ni tenga que ocultar que le han cobrado 200 euros por la revisión del coche porque tenía que cambiar no sé qué filtro.



Y siendo tan distintos los modos y mensajes básicos transmitidos, lo que más le motiva a Ildefonso es observar y estudiar el modo y las circunstancias de las conversaciones que presencia. Estas tienen la virtud de la espontaneidad. No son pacientes de un psicólogo que van a la consulta para sentir que resuelven un problema latente que tienen, sino de personas pilladas en un momento de su existencia actuando según su guion, y comportándose como suelen, eso sí, delante de un observador indiferente a su existencia que puede juzgar mejor

que nadie el grado de interés o excitación de la conversación, el lenguaje no verbal (¿por qué movemos los brazos y hacemos muecas cuando hablamos por teléfono y no nos ven?) y otros pequeños detalles, como la duración de la llamada, el énfasis en algunas afirmaciones, la reacción ante alguna respuesta en la otra parte...

Metadatos, o sea todos aquellos elementos de la conversación que no son el objeto buscado del propio lenguaje pero que dejan trazas, como las huellas que deja la presa para que la siga el depredador y que indican cuán herida está, cuánta ventaja le lleva, cuál es su peso y tamaño real. Ildefonso piensa que una de las cosas que distingue a los bípedos humanos de los ordenadores y demás robots es que estos raramente dejan tantos metadatos. Se limitan a transmitir información O al menos eso parece. Seguro que Google no piensa lo mismo, con su obsesión en saber dónde estamos y en recordar la lista exacta de todas las búsquedas que le solicitamos. También construye una fotografía exacta de nosotros mismos, aunque no supiera el contenido de nuestras conversaciones, con la estadística de los contactos, con sus frecuencias, tipos de intereses, tiempo dedicado a la red, expresiones o palabras sueltas que indican nivel cultural, clase de conocimientos manejados, orientación política y religiosa, destinos y compras que estamos planeando.

Pensando en ello casi se le pasa su estación. Y es que esta vez era tan jugosa la conversación que interrumpió su

lectura que valía la pena dejarla por un rato y dedicarse a investigar un poco. ¡Ah, como le gusta su tren! Ningún psicólogo tiene sus especímenes tan vivos evolucionando frente a él. Hace más bien autopsias de sus vidas. Pero él vive las historias en directo y encima conoce en detalle sus metadatos.

8.- El microondas y la *Mighty-power-fly*

Miedos extraños de Ildefonso: ¿Podría un microondas o la wifi convertir una mosca en un ser terrible, como el rayo hizo al monstruo de Frankenstein?

En el experimento de **Frankenstein** funcionó: un rayo procedente de la tormenta hizo que las piezas inanimadas que él había juntado volvieran a la vida. Muchos de los héroes de los dibujos animados sufren un fenómeno semejante, pues a partir de un acontecimiento en general molesto o peligroso consiguen súper-poderes. Recordad lo que le pasó a **Spiderman** después de que le picara una súper-araña.

Pues bien, ver una mosca en el vagón de su tren le llevó a Ildefonso a pensar qué podría suceder en el caso de que una mosca se quedara dentro del microondas cuando por la mañana calentaba su vaso de leche para el desayuno. Imaginaba Ildefonso que la mosca no sufriera aparentemente ningún daño pero que se le alterara su genética y se convirtiera en una súper-mosca, la *Mighty-power-fly*. Y creciera asimilando todo lo que fuera incorporando en su súper-metabolismo hasta llegar a ser un artrópodo de 1 Kg de peso y una fuerza y voracidad descomunal. Con una gran velocidad de vuelo, inmune a los insecticidas, de los que acabaría alimentándose, y con una inteligencia acorde a su nuevo tamaño, una especie de súper-dron sin rumbo ni patrón.



No. Peor aún. Imaginaba Ildefonso que un ejército de uno de esos estados terroristas que amenazan al mundo civilizado con destruirlo, en lugar de tratar de construir o de robar armas atómicas, hubiera estado desarrollando en secreto el arma definitiva. Un ejército de Mighty-power-flies, este sí, gobernado a distancia por control remoto, con ojos multifacéticos con una fuerza descomunal en sus *artropédicas* patas, sin miedo, invadiendo un territorio, e inmunes a los muchos remedios que hubiéramos empleado para contraatacar.

Otra hipótesis era imaginar una variante del mal, que sería una invasión de extraterrestres. Los que salen en las películas son excesivamente guapos. Incluso algunos parecen humanos para pasar desapercibidos. Pero ahora imaginémoslos no como seres extraños, sino como los mismos que nos resultan familiares, pero con súper-poderes como la súper-mosca. ¿Porqué no? ¿Porqué las naves espaciales alienígenas

han de traer seres de nuestro tamaño? Podrían perfectamente ser seres pequeñitos que pasaran desapercibidos o incluso que fueran identificados por los biólogos como otra especie. En ese caso podría ser que *ya estuvieran aquí* desde hace tiempo.

Definitivamente, con tantas influencias difíciles de evaluar, con tanta tecnología que emplea la radiación y la luz para diversas cosas, el mundo se había convertido en un lugar potencialmente peligroso. Por ejemplo, puede que lo peligroso no fuera el microondas y sin embargo lo fuera la wifi con su radiofrecuencia. O la cocina de inducción. O el cargador inalámbrico del cepillo de dientes. Habría un cúmulo de posibles causantes de una peligrosa mutación. Pero no solo sobre insectos y otros artrópodos. Estaba seguro Ildefonso que eso de que te meten un dedo con una luxación en un artefacto de magnetoterapia era un tongo. Pero luego, pensándolo mejor se temía que a lo mejor no te cura de nada, pero te rompe algo. Al fin y al cabo, con los millones de millones de cadenas de ADN que hay en nuestro organismo, basta con que el que pasa por fisioterapeuta le de toda la potencia al artefacto para que ¿a saber qué campo nocivo se está generando y con qué consecuencias sobre esas cadenas?. Debe ser casi un milagro que no se equivoquen al replicarse. Y si seguimos así, podría pasar lo mismo sin salir de casa, con el motor de la lavadora o la pantalla de la tele de LED. O los campos creados por la simple circulación de la electricidad en la instalación eléctrica de casa. O la sopa de ondas en la que estamos metidos. Todo ello sumado a los rayos gamma que provienen de lejanas

galaxias sin contar con las explosiones de supernovas. O sea que el fin del mundo podría estar al caer.

Encima, con todos esos videojuegos que transmiten continuamente el mensaje de que la vida humana no tiene ningún valor en especial, porque siempre puedes conseguir nuevas vidas o nuevos poderes pagando 10 euros para comprar un bono con su nueva clave de acceso.

La verdad es que, pensó Ildefonso luego, ya más sereno por el movimiento suave del tren, la probabilidad de que ocurra esto es tan baja que no vale la pena ocuparse del asunto. Pero por si acaso, miraba de reojo a la dichosa mosca que había subido sin billete ni abono al vagón. Desde entonces no tuvo nunca ningún atisbo de piedad con los insectos y demás artrópodos. *Por si las moscas.*

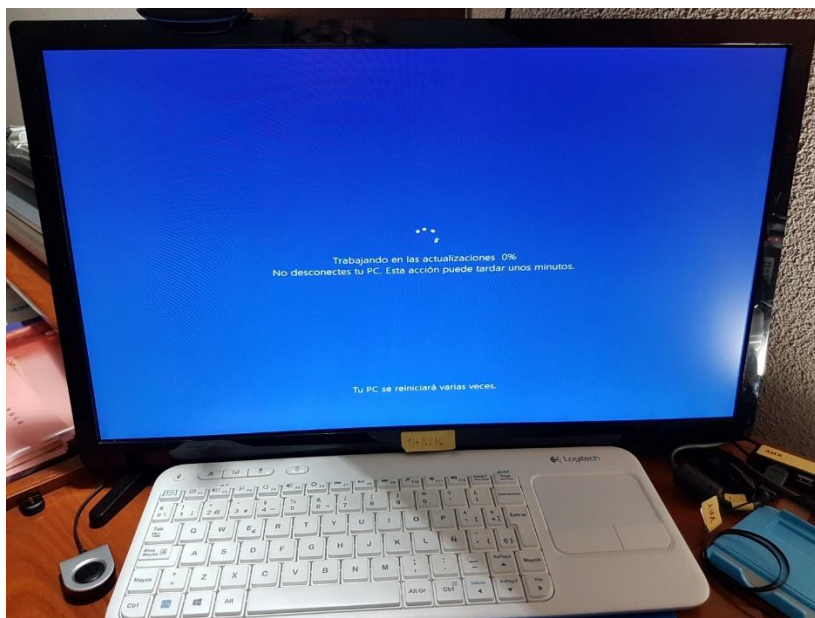
9.- Trabajando en las actualizaciones

(No es necesario insistir en que este capítulo es una parodia sobre una situación imaginaria y teatralizada, sin ninguna base real, solo para hacer énfasis en que a Ildefonso las cosas no siempre le salen bien, por causas ajenas a su voluntad).

A Ildefonso no le hacen feliz las actualizaciones ni las IAs, sobre todo cuando tiene prisa. No sabe si el PC resucitará después de actualizarlo, desde lo que le pasó aquel día.

Las actualizaciones ocurren como ocurren los contagios de la gripe en enero. O sea, uno no se entera de cuándo ni porqué. Pero en Windows suceden por ejemplo cuando inocentemente piensas “voy a apagar el PC un rato, me tomo algo y vuelvo, así descansa también el pobre, que menudo mate le estoy dando”. Y precisamente eso es lo que hizo Ildefonso esta mañana, que se había levantado un poco insomne, había estado creativo antes de proceder a su sesión de afeitado diaria. Se dijo “me afeitado y vuelvo a rematar el escrito este que me gustaría que saliera esta mañana, ya que llevo varios días con ello y por fin le he encontrado el toque perfecto, hoy que lo he visto claro”. Qué contento estaba con su nuevo ordenador, aunque desde que lo compró no lo había actualizado. Ese que traía el último Windows preinstalado, que le prometía actualizaciones gratuitas del nuevo sistema operativo, con el que se lo iba a pasar tan bien pues tendría un *asesor personal virtual de Inteligencia Artificial (IA)* que le iba a aconsejar según sus pautas de actuación y preferencias para

limitar su nivel de estrés que parecía bastante alto, a juzgar por el insomnio y las permanentes prisas. Siempre le venía mal dejar que el PC se actualizara, porque lo necesitaba activo, pero esta vez, ante la persistente insistencia del aparato cada vez que lo encendía y debido un poco al cansancio por la carga de trabajo que estaba soportando últimamente que había debilitado sus defensas, claudicó.



Al apagar el ordenador, apareció un aviso:

"Trabajando en las actualizaciones x%.

No desconectes tu pc. Esta acción puede tardar unos minutos."

Y más abajo:

"Tu PC se reiniciará varias veces".

Pensó: "bueno, mira qué bien que se ocupan de que el sistema esté seguro y no tenga ningún contratiempo. Y tienen el detalle de hacerlo cuando apago el equipo para que no me interrumpa mi trabajo".

Media hora más tarde el ordenador se debió de haber reiniciado ya varias veces, pues debía haber mucho por actualizar, y además posiblemente tenía una incidencia, porque aparecía ahora el mensaje:

"Llevas un xx%. No apagues el equipo".

Se fue a vestir, porque iba en pijama (*piyama* diría **Cortazar**) con el convencimiento de que al volver a ver el PC estaría ya más limpio que los chorros del oro. Pero al volver, ansioso por dar el último toque definitivo a su escrito, se encontró que seguía en la pantalla el mismo mensaje y el icono que indica la actividad del disco duro parpadeaba perezosamente de vez en cuando, dando testimonio de que *algo* estaba haciendo.

Esperaré un poco, pensó. Total, hoy lo más importante

era tener este escrito y si llego un poco tarde al trabajo, me quedaré luego para compensar. Espero que el jefe no se cabree mucho. Al fin y al cabo, es un buen informe el que he preparado que es lo que de veras importa.

Tres cuartos de hora más tarde, y sin que hubiera cambiado ni el mensaje de la pantalla ni el penoso parpadeo del LED del disco duro, su paciencia empezaba a acabarse. Se atormentaba de pensar que hubiera podido copiar el archivo en un pendrive y ahora estaría terminando el trabajo en la oficina. No lo hizo porque, claro, ¿quién iba a pensar que el dichoso PC iba a instalar TODAS las actualizaciones a traición tan pronto como, en un acto de piedad, él decidiera apagar la máquina para que descansara un ratito?

Harto de esperar, se acabó de preparar y, una hora más tarde de lo habitual salió de casa, con la moral por los suelos y las manos vacías, sin haber podido terminar la edición de la que iba a ser su obra maestra de redacción para el importante asunto que les ocupaba. Naturalmente al llegar a la oficina su jefe le dijo que “las juergas, mejor en fin de semana, que se nota demasiado que no traía buena cara, que ya se imaginaba que no habría terminado el tema que le había pedido con tanta insistencia, que con el sueldo que le pagaba bien podría comprarse un nuevo ordenador que le facilitara los trabajos urgentes, cumpliendo así con el compromiso que tenía con los clientes. Que él era uno de los pesos pesados de la empresa y no podía creer que la responsabilidad termina entre las paredes de la oficina.”

Después de una jornada horrible en la que no dio pie con bola, sin ánimo para empezar nada nuevo, cometiendo fallos tontos, medio sonámbulo, por el puro de su jefe y pensando que todo era culpa suya por no haber hecho una copia de su archivo, llegó a casa y su primer pensamiento fue ir a ver que hacía el PC, pues lo había dejado en marcha sin apagar, como pedía el aviso.

Y allí estaba. Se había apagado solo, finalmente, mientras él estaba fuera de casa.

Pero ahora veía que cada vez que arrancaba el equipo se pasaba un rato que parecía que iba a hacer algo, pero que lo único que veía era el parpadeo del LED del disco duro sin ningún resultado práctico. Apagó y encendió veinte veces o más, a lo largo de dos o tres angustiosas horas en las que a veces pensaba "Voy a dejarlo un rato más a ver si se arranca. Igual soy demasiado impaciente". Estos momentos de culpa los alternaba con otros en los que estuvo a punto de estampar el PC contra el suelo y pisotearlo, para dejar el pedazo más grande como el de un papelito de confeti.

Una vez de estas, por fin, de forma inconsciente, pues se lo dictó su memoria ancestral de usuario de ordenador durante décadas, pulsó la combinación de teclas CTRL-ALT-SUPR y, para su sorpresa la pantalla parecía que iba a hacer algo. Si hizo algo, pues acabó apareciendo su nombre de usuario y solicitaba que le pusiera la contraseña o, si lo prefería, el PIN. De pronto se animó, cambió su humor, se

alegró de no haber procedido a la destrucción programada del artefacto, puso su PIN y allí apareció finalmente su fichero a medio terminar de redactar. Una redacción genial pero que, lamentablemente había sido ya sustituida por una redacción mediocre de su jefe, harto de esperar el dichoso informe.

Así que hubo recuperado su PC, completamente actualizado, incluso las actualizaciones de las aplicaciones, pero estuvo a un paso de perder su empleo, ese que le hacía ir y venir en su tren de ida y vuelta a diario. “No apague el equipo”. En realidad, eso es lo que quieren. Que gaste electricidad y de paso saber todo de mis pautas, de cuándo estoy escribiendo, de qué escribo, y aconsejarme ¿de que? No me fío. Voy a desconectar las actualizaciones automáticas.

10.-El movimiento de la Tierra

Ildefonso ve en los aviones lo que los niños ven con los pájaros, pero con mucho más conocimiento y de mucha más altura.

Siempre motivó mucho a Ildefonso el vuelo de los aviones.



Se asemeja a lo que hacen los barcos sobre la superficie del mar. Es como si el aire a la velocidad a la que los aviones lo surcan, ofreciera no una superficie, sino una multitud continua de superficies sobre las que navegar.

Si. Eso es lo que sucede: los aviones, a su manera 'nadan' en el

aire. Por eso evolucionan grácilmente suspendidos sobre nuestras cabezas. Se marcan unos largos en la piscina que supone la atmósfera de nuestro bonito planeta.

Ya es sabido que todo lo que está sobre la superficie de la Tierra gira a su misma velocidad. Veamos: la Tierra tiene un radio en el ecuador de 6.378 Km. Lo cual hace que su circunferencia sea de $2\pi \cdot 6.378 \text{ Km} = 40.054 \text{ Km}$. Recorridos en 24 horas de rotación para llegar a la misma posición relativa, un cuerpo que esté en el Ecuador sobre el suelo circula a una velocidad de $40.054/24 = 1.669 \text{ Km/h}$. Si no fuera porque el avión sale lanzado hacia el Este a esa velocidad, salga del punto y en la dirección que quiera, si parte del Ecuador, o sea, si el avión al despegar del suelo se quedara quieto en el espacio, podría viajar hacia el Oeste a esa fabulosa velocidad de 1.669 Km/h. Para otra latitud depende del coseno del ángulo. Por ejemplo, para la latitud de Madrid, que son 40° , el radio que hay que considerar es $6.378 \cdot \cos 40^\circ \text{ Km} = 6.378 \cdot 0,77 \text{ Km} = 4.885 \text{ Km}$, que es la distancia a la que está Madrid del eje de rotación de la Tierra. Lo que hace que Madrid gire recorriendo una distancia de $2\pi \cdot 4.885 \text{ Km} = 30.683 \text{ Km}$, que recorridos en 24 h dan una velocidad de 1.278 Km/h.

Lamentablemente se cumplen las leyes de la mecánica, y entre ellas la ley de la inercia, por lo que el avión que despegue de Madrid haga lo que haga ya va a una velocidad

hacia el Este de 1.278 Km/h, acompañando el movimiento de la Tierra, o sea se mueve a una velocidad cero respecto de la Tierra, como todos sabemos, y, aunque la velocidad a la que se mueven la Tierra y el avión hacia el Este sería una velocidad supersónica, también la masa del aire en el que se tiene que sustentar viaja hacia el Este a esa velocidad, más-menos las variaciones a las que lo sometan las perturbaciones atmosféricas, borrascas y anticiclones y tal, y no hay nada que hacer. Pero sería bonito viajar hacia el Oeste, solo por flotar en el aire.

Estas elucubraciones mantienen a Ildefonso ocupado y haciendo uso de su tiempo en el vagón, con otros supuestos parecidos. Por ejemplo, llegó a pensar muy seriamente que en realidad el tren no se movía y era la Tierra la que hacía un desplazamiento relativo aprovechando la energía de la máquina del tren. De igual modo haría cualquier vehículo. En realidad, la energía se aplicaría a hacer que la Tierra asumiera el movimiento respecto del vehículo. No en balde el vehículo era el punto cero o centro de sus propias coordenadas. Esta teoría, la del Movimiento Relativo, quizá tendría algún respaldo académico mientras no se encontraran evidencias en contra.

Pero Ildefonso no se atrevía a hacerla pública porque alguno de sus compañeros de trabajo, muy malicioso, en alguna ocasión se refería a algunos de los desvaríos de Ildefonso como 'paridas'. Paridas o no, lo cierto es que varias de las chicas de la oficina se interesaban por sus ocurrencias,

de forma que la teoría de que cuando subes al tren o al avión, en realidad no te mueves y es el paisaje el que va recorriendo el espacio necesario para que llegues a bajar en donde se supone que era tu parada, les sonaba a algo inteligente y en lo que en realidad no habían pensado. Por tanto, pensó Ildefonso que no era tan descabellado seguir con sus teorías. Por lo menos no se aburría como una ostra como otros ni dormitaba ostentosamente en el vagón en su trayecto, sino que sus neuronas permanecían en estado de vigilia.

11.- El funcionario que viaja tres asientos antes que él que se despierta justo al llegar a su estación

¿Qué extraño mecanismo puede hacer que alguien se despierte justo cuando ha de bajar del tren, todos los días? Esto intriga a nuestro protagonista.

No hemos puesto su foto para no perjudicar su derecho a la intimidad. Se trata de un señor de entre 50 y 60 años, gordito, moreno, que va con una carterita de símil de piel, que viste de forma anodina y mediocre. Pantalones oscuros, una cazadora larga, más bien un chaquetón en invierno (siempre el mismo) y camisas de colores oscuros, sin corbata, que a lo que parece tiene las manos sin callos. Se sienta en el lado opuesto a donde suele sentarse Ildefonso (por eso sube en una estación que es cabeza de línea y siempre encuentra sitio. El mismo sitio).

Ildefonso lleva viéndole desde hace varios años, desde que coge el tren de esa hora en la mañana. No sabe cuál es su trabajo, aunque se baja en una estación antes de la suya. No coge el periódico gratuito que reparten en la estación. No lee ningún libro ni ningún *ebook*. Nunca va con otros. Pero dado que no va desastrado ni sucio, lleva ropa formal, tiene un horario totalmente regular y predecible, no falta nunca a su cita, debe tener un trabajo estable en un lugar estable. Dada la crisis que nos azota, un trabajo de esas condiciones debe ser en

un puesto público de funcionario o de una empresa pública. Si no es empleado público aun así su trabajo será administrativo.



Tampoco parece un comercial, pues cuidaría mejor su aspecto y tendría un horario más variable.

Lo primero que hace cuando sube a *su* asiento, siempre el mismo, es cerrar los ojos y quedarse aparentemente dormido. Ildefonso elucubra, que es lo suyo, con que debe acostarse tarde este señor, que todos los días tiene sueño. O le pasa como a los bebés que necesitan dormir mucho y basta que se suban a un vehículo en marcha para que les dé el sueño. Como al hijo de su cuñado, que cuando era pequeño tenían que subirlo al coche, un Citroën, que en aquella época tenían una suspensión muy blanda para sortear el mal estado de las carreteras y caminos rurales y parecía que te estuvieran meciendo, para que

allí instalado pudiera conciliar el sueño. Se había convertido el paseo en el Citroën algo tan necesario que el chaval no se dormía si no era con ese requisito. Sólo que tenía el inconveniente de que en el momento en que paraban el coche inmediatamente se volvía a despertar, y vuelta a empezar con el paseílo. Malas costumbres que se cogen y que si claudicas ya te han atrapado para siempre.

Así que el buen señor, funcionario con casi toda seguridad, se dormía aparentemente al subir a su tren. Pero mira tu por dónde, momentos antes de que el tren estaba llegando a la estación de destino se despertaba, como hacía su sobrino de pequeño, sólo que este sin necesidad de que pararan el tren, sólo que faltara poco para que llegara a *su* destino.

¿Qué programa está corriendo en segundo plano en el sistema del funcionario para que ocurra algo tan admirable? Lo ha visto también en otras personas que van con los ojos cerrados, no va la megafonía, pero en el momento justo hacen lo mismo. ¿Será parte de la misma *actualización del sistema* esta cualidad de percatarse de la proximidad, una especie de GPS interno o simple cuenta del tiempo transcurrido?

El, por si acaso, y como no viaja tampoco con nadie que le pueda ayudar en esto, prefiere la vigilia, estar atento a las señales y los letreros de las estaciones y estar seguro de que llega a la estación deseada, en lugar de confiar en esa cualidad aparentemente innata. Es que Ildefonso es desconfiado. En cierto modo se siente sólo en el mundo. Más de una vez ha

pensado, o sea es consciente, que el tren cotidiano le da un cierto grado de normalidad en su relación con los humanos, ya que de otra forma ésta quedaría coja. El tren funciona como un alivio a su soledad. Y probablemente la de muchas, muchas otras personas.

12.- Las golondrinas y los gorriones

Ildefonso ama las golondrinas y los gatos porque le parecen independientes, como el se siente.

La superficie de la ciudad está habitada por cuatro grandes clases de especies: a/ bípedos del género *homo* con sus varias subclases de homínidos, neandertales, cro-magnones, antecesor y sapiens-sapiens entre ellas; b/ cuadrúpedos entre los que destacan todas las razas de canes y pequeños felinos, que asimilaremos a grandes depredadores; c/ aves o pájaros, de diversas especies de instinto carroñero y limpiador de los residuos naturales, aunque también a veces pequeños depredadores, entre los que mencionaremos palomas, golondrinas y gorriones; y d/ en lo que queda de la fauna de base natural, artrópodos de varias familias, mayormente dípteros como moscas y mosquitos, muchas clases de hormigas y algunas arañas. Los otros seres que habitan el submundo no están presentables para hablar de ellos aquí (roedores, pequeños reptiles, cucarachas e incluso murciélagos, que nadie sabe bien donde duermen) y haremos como que no están. En resumen, lo más visible son *homos*, canes y pájaros. En cuanto a las pautas de conducta generalizadas, de momento el *homo* domina al can y el pájaro va por libre.

A Ildefonso no le gustan las palomas. Le parecen ratas con alas. Cuando alguna se le pone a tiro simula que le va a dar una patada para que emprenda el vuelo, escandalizada de que

no practiquen con ella como está acostumbrada esa especie de caridad tonta de dar de comer a quien te va a poner perdidos los monumentos o incluso la chaqueta, con alguna de sus gracias. Cuando pasea de camino desde la estación al trabajo, y a la vuelta hacia el tren observa y ve que los otros dos tipos de pájaros predominantes tienen un comportamiento muy distinto.



Los gorriones se establecen en la ciudad y tienen un vuelo bajito y una actitud pedigüeña, acercándose a las terrazas donde plácidamente los viandantes se detienen, a ver qué miga cae o les echan. No son un símbolo de trabajo duro ni de diversión. Están supeditados a los *homos* aunque de seguro que pillan también algún insecto o alguna semilla. Son pájaros dependientes.

Las golondrinas vienen de muy lejos. Ildefonso leyó una vez que venían de África cuando allí la temperatura es demasiado alta, a pasar el veraneo en nuestras tierras. Para empezar eso ya tiene mérito, que vayan y vengan según la temporada, que sepan dónde se dejaron *su casa* y que la defiendan de los pájaros-okupas si viene el caso, después de un año de no estar allí. Supone un gran conocimiento y esfuerzo. Pero eso sólo es el principio: luego son cazadores, que buscan y capturan insectos al vuelo. Y por si fuera poco, se divierten. Hay que ver las bandadas de golondrinas haciendo pasadas rasantes en las calles, de arriba abajo y de abajo arriba, gritando todas a la vez. No es que sean efectivas (más que los incompetentes de la oficina) sino que además se divierten (de nuevo más que los incompetentes de la oficina, que la única diversión que encuentran es criticar a otro). No es que no busquen la caridad de los *homos* es que si se acerca alguno a su nido lo intentan asustar, acercándose a él en actitud amenazante y gritando. Se necesita tener valor, un pajarito de unos pocos gramos gritándole a un homínido con sobrepeso de muchos Kg.

Esas diferencias motivan a Ildefonso a tomar partido. Le encantan las golondrinas. En cuanto a los otros elementos de la fauna, le parecería bien tener un can, si tuviera sitio para él, por su actitud obediente y generalmente sumisa frente a su dueño, pero de los cuadrúpedos urbanos le motiva más la personalidad del gato, que nunca tiene dueño, que nunca se

toma las cosas demasiado en serio excepto si le afectan directamente. Que no participa en polémicas o rencillas de otros. Los felinos en ese sentido son más afines a su personalidad, que desea ser libre y no reconoce a patrones, ni admira a nadie que no tenga más rasgos de inteligencia que él mismo. En eso Ildefonso es serio. Sólo admira a quien le enseña algo.

13.- El Sol saliendo a su hora y el tiempo como bien renovable

¿Porqué nos parece normal que el Sol salga a su hora y no valoramos suficientemente que todo en la Naturaleza siga unas normas y la enorme sabiduría que ello conlleva?

La mayoría de las personas opinan que el tiempo es un bien escaso. "Me falta tiempo" dicen. "No tengo tiempo de nada", "El tiempo pasa tan rápido". Ildefonso se levanta todos los días a la misma hora y en consecuencia el tiempo le cunde, pues llega a su tren, unos minutos antes de la hora de salida, nunca pierde el tren, nunca el tren pasa de largo sin él. Eso es un buen comienzo de día. Si alguna vez llegara tarde, que no es el caso, se sentiría mal. No estaría haciendo lo correcto, que es tener tiempo, que es llegar antes del tiempo, por eso tiene siempre tiempo, por eso el tiempo no pasa tan rápido, porque él no le deja.



La teoría de Ildefonso es que el tiempo es un bien renovable, pues todos los días traen 24 horas nuevas, sin estrenar, para hacer de ellas lo que quiera, para aprovechar el tiempo. El tiempo así es un bien renovable, algo que, por un prodigioso mecanismo, siempre empieza otra vez. Aunque parece sólo un concepto, esta idea del tiempo como bien renovable le da a Ildefonso una ventaja competitiva. Es imbatible el concepto. Es la diferencia radical con sus congéneres. La que hace que no tenga envidias ni rencores. Cada día es nuevo, cada día es suficiente, cada día es suyo. Y le cunde.

Entonces hay una cosa que le motiva y es ver si de

verdad el sol sale a su hora, no sea que se retrasa. Así, como el tren es puntual, puede, es más, necesita comparar, la hora de salida del sol con la posición relativa de este en su trayecto. El sol, después del solsticio de invierno, va adelantando poco a poco su salida, hasta que llega un punto del año en que el amanecer ocurre durante el trayecto de Ildefonso. Al principio cerca de su destino, luego poco a poco más próximo a su hora de salida, hasta que llega el día en que cuando él sube al tren ya ha salido el Sol. Son diversiones de la mente que va confirmando todos los conocimientos, estos si, científicos, que afirman que la Tierra es redonda y gira en el espacio infinito alrededor del Sol y luego están las estaciones motivadas por el ángulo de inclinación de su eje respecto del plano de la órbita, y tal.

De nuevo alguien puede pensar que no es importante, pero lo es. Exactamente igual de importante que constatar que en nuestro Universo, las cosas caen hacia abajo, o más bien, llamamos abajo al lugar donde caen las cosas, pues no se ha visto nunca que algo material, no tenga tendencia a caer hacia el centro de la Tierra. Si un día alguien cayera hacia el techo nos parecería el fin del mundo y lo sería. Todo esto que es tan natural y que damos por supuesto, basta con cambiar de escenario y no lo es. Cuando salen imágenes de la Estación Espacial Internacional y las cosas se mueven libremente por el espacio sin el efecto de la gravedad, y parece que estén flotando, sabemos que eso no es en realidad nuestro mundo tal como lo conocemos.

Las leyes del Universo se cumplen inexorablemente y no como ocurre con las leyes humanas, que muchos se las saltan y para otros es como si no existieran pues tienen bula o aforamiento o mucha cara y buenos abogados para hacer lo que les da la real gana. Esa es la verdadera igualdad, que cualquiera, por mucho poder que se crea tener, si tropieza se da un buen porrazo, y más si está cargado de sobrepeso de las copiosas e inmerecidas mariscadas. En un ámbito más general, por mucho dinero que tenga, cuando le llega su hora final, no le valen de nada los recursos. Se le terminó la cuenta corriente del tiempo. Y a lo mejor, en lugar de divertirse lo único que supo hacer es ganar mucho dinero.

Que el Sol salga a su hora, o sea, que cada día salga a una hora distinta, que es la que tiene que ser, le produce a nuestro héroe una gran satisfacción, porque eso le permite estar seguro de que las demás condiciones o reglas no escritas en ninguna Tabla de la Ley, pero inexorables, se van a seguir cumpliendo. Hay algo a donde agarrarse y desde lo que se puede seguir construyendo dentro de ese fluir de horas renovables y perpetuas que tenemos.

Algunos rezan, pero Ildefonso medita sobre estas cosas mientras pasa el tiempo y se va acercando a su destino.

14.- Mundos para-lelos

¿Hay otros mundos? ¿Tienen relación con el nuestro?

Hay quien opina que es perfectamente posible imaginar que en este mismo momento y lugar hay un infinito número de universos paralelos en los que ocurren todas y cada una de las variantes de acciones que pueden derivarse a partir de las distintas situaciones que se plantean, de forma que nada que es posible deja de ser real en alguno de esos universos. Por ejemplo, en un momento dado Ildefonso puede haber comprado un boleto de *la Primitiva* (cosa que no suele hacer), le ha tocado el premio y un bote gigantesco y es absolutamente rico sin necesidad ninguna de acudir todos los días a su tren a la misma hora. (En ese universo, está claro que este escrito sería poco creíble, pues todos sabrían que Ildefonso no necesitaría tomar el tren todos los días De Ida y Vuelta para ir al trabajo).

Lo que significa que todo eso que quisiéramos que suceda, posiblemente ya esté sucediendo ahora mismo. Pero le sucede a *otro yo* que no tiene noticia ni sabe que existe algún pringao en otro universo paralelo, que no tiene más remedio que seguir siendo quien es, o sea un pringao. La realidad última sería una mezcla armónica de todas las acciones posibles sucediendo más veces en los casos en que la probabilidad fuera mayor, para que todo tuviera consistencia con las reglas del juego.



El concepto es cruel, porque Ildefonso es quien es, en este relato está en el universo que está. No puede cambiar de universo. Y el otro Ildefonso, el que disfruta del premio de la Primitiva ni siquiera valora la suerte que tiene de no ser el Ildefonso que conocemos y que empieza a caernos bien. Alguien cree atisbar a veces que está ocurriendo algo, percibe como si un ser fantasmal estuviera *al otro lado* con una interacción baja o nula con este mundo. Como abstraído de esta realidad, pero como si en alguna circunstancia pudiera advertir de un peligro o anticiparse a lo que sucederá. Esas personas creen tener *poderes* o ser *mediums*. Ildefonso no cree en ello.

También está, no hay que olvidarlo, la posibilidad, y si es posible entonces ocurre en otro universo paralelo, de que al Ildefonso que le ha tocado la Primitiva le atropelle ese mismo día un camión de la basura, mientras celebra con varias copas de más la buena noticia, y se lo lleve para el otro barrio. Entonces vendría la cosa de que quien ríe último ríe mejor. No tendría ninguna ventaja haber superado a la media en un momento para hundirse en la miseria en el siguiente.

Esto lleva a la conclusión de que la vida es como una enorme partida a los dados, en la que a veces te toca 1 punto y a veces 6, en cualquiera de los posibles universos. No tiene sentido pensar en que "Mira que si me tocara la lotería", porque la lotería nos toca todos los días, piensa Ildefonso.

No sabemos si este es el mejor de los mundos, pero la

perspectiva de haber nacido mosca y estar a punto de morir de indigestión de *flit* tampoco es grato. Y en otro universo es eso justamente lo que podría haberle pasado a Ildefonso. ¿Y si los budistas tuvieran razón con lo de la reencarnación, pero de otra manera? En lugar de reencarnaciones sucesivas, serían encarnaciones simultáneas...

La lotería es una anécdota comparada con la realidad. La lotería sería un ejemplo más de la aleatoriedad e incluso de la entropía. Cuánto esfuerzo y organización hay que hacer para que suceda algo tan poco probable como que pequeñas aportaciones de dinero se canalicen en dos direcciones preferentes: Hacienda y los ganadores del juego. Al final sería más fácil que cada uno alcance la riqueza que es capaz de crear. Costaría menos esfuerzo y sería más justo. No hay nada más injusto que la lotería, que para que te toque no has de tener ningún mérito.

Lo único que está claro es que si hay un mundo para ellos es este.

15.- El martillo rompe-cristales

Donde se cuenta la maravillosa aventura que vivió Ildefonso a cuenta del martillo, cuando descubrió un genial bucle en todos los vagones, justo el día de su reencuentro con Virginia.

Un bucle sin solución. El que plantea el martillo rompe-cristales del vagón. En su urna dice:

"MARTILLO ROMPECRISTALES

ROMPER EL CRISTAL PARA ACCEDER AL MARTILLO".



¡Qué cachondo!, piensa Ildefonso. ¿Cómo se le habrá podido ocurrir a alguien tamaña gilipollez? O, visto desde otro punto de vista, se trata de alguien que tiene mucho humor. O que piensa que, en realidad, nadie usa el martillo rompe-cristales en caso de emergencia, sino que le da una buena patada al cristal y listo.

Es como si dijera en otro dispositivo de todos los vagones llamado parada de emergencia:

“PARADA DE EMERGENCIA.

ESPERE A QUE PARE EL TREN PARA EMPEZAR LA
EMERGENCIA”.

La gente se amotina por cosas insignificantes y aguanta sin pestañear que insulten su inteligencia con letreros como ese, que se supone que es lo que distingue al género 'homo' de las demás bestias de su ecosistema. Su inteligencia, no que le insulten.

De estos bucles ve Ildefonso muchos a diario, como lo que les ocurre a los jóvenes para encontrar un empleo, que siempre les piden simultáneamente juventud y experiencia. Y la pregunta es: Si es su primer empleo porque son jóvenes y no los contratan, ¿cómo van a tener experiencia? Cuando tengan experiencia puede que ya no necesiten ese empleo porque estarán trabajando y aumentando su experiencia en otro lugar. Es un absurdo come-cocos irreducible.

Como le pasó una vez cuando fue a pedir un crédito al

banco porque necesitaba dinero y le pidieron que llevara la escritura de la casa y avales. Y él pensó que para una vez que pedía un crédito, si tuviera la escritura y avales, posiblemente no necesitaría dinero.

Estaba en estos pensamientos cuando no vio de dónde vino y Virginia le dijo, “Perdone, ¿puedo?” señalando el asiento que estaba a su lado. Tampoco supo muy bien porqué, pero de improviso se encontró hablando con ella con motivo del titular a toda plana del periódico gratuito se repartía en la entrada de las estaciones, en el que se decía que habían aceptado el 5º rescate a Grecia. Se sorprendió de la solvencia con que Virginia hablaba del asunto. Conocía todos los entresijos del acuerdo, las garantías que les tocaba aportar a los griegos y los planes de desarrollo que tenían que preparar para que fueran considerados solventes. Aunque se trataba del mismo bucle que le atormentaba a él, en los labios de Virginia todo, todo parecía de una total simplicidad e incluso belleza, cuando lo explicaba ella en un lenguaje claro y al mismo tiempo sin pretender hacerse la sabionda.

Era tan agradable la conversación que el tiempo se les pasó de repente, como si hubieran acabado de sentarse en ese momento. Lamentó Ildefonso que el trayecto tuviera tan corta duración. Es curioso, pensó Ildefonso, “¿porqué me viene a la mente asociada la imagen del martillo rompe-cristales de emergencia a la melena rubia de Virginia? ¿Qué extraño fenómeno ocurre para que se entremezclen ambos conceptos?”

Y al bajar del tren Ildefonso pensó, concretando más el concepto, y dándose cuenta del trasfondo de su conversación “¿Será Virginia el martillo rompe-cristales que acabará con el bucle en que se encuentra a veces mi vida?” No lo pensaba en su aspecto material. Ni por asomo pensó que ella sería ninguna solución a su situación, estable dentro de la gravedad, sino que tuvo la intuición de que era de las pocas personas en el mundo que funcionan como un catalizador, como alguien que te hace mejorar con su simple presencia, que saca lo mejor de ti mismo, intentando siempre ofrecer tu brazo o tu inteligencia para algo mejor. Inevitablemente Ildefonso no se pudo sacar de la cabeza, ni quería, la imagen radiante de Virginia, durante todo el día. Ese día que en la oficina le dijeron “¿Qué te has hecho, estás más moreno, más delgado o algo así, no?” Es como si su actitud respecto de la fauna local hubiera mejorado.

16.- Las hormigas mueven el mundo

Las hormigas mueven el mundo, pero él, Ildefonso, no es una hormiga más. Hoy tiene un cierto impulso contra el establishment.

Seguro que, si sumábamos la masa de todas las hormigas que hay en el planeta, la carne de hormiga era más abundante que la de cualquier otro bicho, pensaba en su trayecto de hoy Ildefonso. Eso debía ser cierto, porque allá donde vas hay hormigueros por todas partes y también donde no vas, en medio del monte se encuentran colonias de las decenas de especies de hormigas que existen, siempre trabajando, siempre aparentemente satisfechas con su vida, ya que siguen la disciplina férrea que imponen en su colonia la reina y su ADN.

Equipos de operarios como las hormigas, son los que en las empresas hacen las operaciones que hay que hacer para que todo funcione, de forma que, si no fuera así, se paralizaría la actividad. Al final siempre la producción y el pedido que hay que suministrar está en manos y en base al trabajo de esos operarios que funcionan como las hormigas del sistema. Gente que no se cuestiona ni el trabajo que hacen ni porqué se ha de hacer de esa forma. Como hacen las obreras en cualquier hormiguero.

Pero el espíritu inquieto de Ildefonso se caracterizaba por el hecho de que él no se veía como una hormiga más. Ser

como una hormiga significaba hacer lo mismo que los merluzos de su oficina. Gente que se paga por una palabrita amable de su jefe o por poder tomar algunas veces, al salir del trabajo, unas cervezas o unos vinos con los otros compañeros.

Ildefonso pensaba que el mundo se puede mover de otra forma: siendo creativo, liderando proyectos novedosos, emprendiendo negocios o viajes que otros no se han atrevido a



realizar. Las hormigas son necesarias para que todo funcione. Pero ¿estamos satisfechos con que todo funcione como lo hace? ¿Es correcta la ley electoral, el sistema judicial, la educación que reciben nuestros hijos o sucesores? Estas tres facetas de la vida en común debían al menos ser discutibles. A saber: el modo en cómo se accede al poder y a las decisiones que nos afectan a todos, la forma en que se resuelven los conflictos del comportamiento en sociedad y los valores que se transmiten a los niños y a los jóvenes. Sin embargo, *la gente-hormiga* se los traga y sólo le preocupa quien ha marcado los goles el domingo.

Será un asunto aburrido, pero ¿nadie se cuestiona esos asuntos que afectan a cómo vamos a vivir el resto? De veras parece que a nadie se le pasa por la cabeza que quizá todo es un montaje, una especie de lotería mediante la cual no están gobernando los mejores, no se toman siempre las decisiones más justas que hagan felices a las partes en litigio, no se enseña lo suficiente cuán importante es el respeto a los demás y que sin ese pequeño detalle la vida en común es imposible.

“Piensa por ti mismo” es lo que le gusta decir a Ildefonso cuando alguien se empera en defender lo indefendible sin argumentos. De seguro alguien le ha metido en la cabeza una ideología al uso, con respuestas a problemas que no lo son, con propuestas para salvar al mundo cuando el mundo estaría más a salvo sin que gente sin mucho cerebro propague tontas ideologías cocinadas expresamente para

hormigas.

17.- Tatuajes, piercings y los animales estabulados

Donde se cuenta la aversión que manifiesta nuestro héroe por el empleo de signos e ideologías que nos asimilen a ganado estabulado e incluso su aversión a acumulaciones de gente como si fueran animales domesticados, al servicio de sus dirigentes que se dirigen al redil.

Y en esto que entró en el vagón un tipo con un gran tatuaje en el cuello, con una mujer que llevaba un ostentoso piercing en la nariz. La gente cree que esto es muy moderno, pero Ildefonso había ido a ver recientemente una exposición de arte africano y descubrió con sorpresa que figuras de bronce de varios siglos atrás representaban personajes con la cara plagada de piercings en las orejas, en la nariz y en las cejas. Algunos de ellos con tales dimensiones, o aportando tal dramatismo a la figura del portador, que ríete de los que se ponen los modernos de hoy en día.

Le vinieron a la mente las imágenes de argollas que ponen a los bueyes en la nariz, seguramente para poderlos manejar mejor, de forma que ni siquiera el cuerpo del pobre animal, que es un bicho sin inteligencia destacable, queda a salvo y al margen del dominio humano.



Los *homo*, aun no siendo brillantes, son la facción lista de la evolución animal. Con el trato que le dan a los demás bichos, para acabar finalmente comiéndoselos, no se caracterizan los humanos por actuar de forma muy inteligente y compasiva. También gente sin alma ni valores humanos marcaban con tatuajes a los prisioneros esclavizados de los campos de concentración.

En este contexto, ver las procesiones masivas de gente dirigiéndose mansamente a su trabajo y algunos de ellos con marcas y hierros que son dignos de ser empleados para controlar esclavos o animales de otras especies, no resulta muy edificante, piensa Ildefonso. Un ser libre es también un ser que va donde quiere, aunque los demás sigan ese camino y está libre de marcas. Las marcas solo deberían ser signos removibles, que el portador pueda cambiar fácilmente de acuerdo con sus gustos o apetencias, o por lo menos no tan ostentosas que caractericen a quien las lleva (lo cual es casi una contradicción, pues nacen como una característica), desde luego las marcas no deberían configurar al individuo como si fuera un elemento más de un rebaño, algo semejante a un animal estabulado que se resigna a circular exactamente por donde le dicen que ha de hacerlo, en grupo, para que se note si alguien se despista y sea fácil reconducirlo por el buen camino.

El caso es que, además de la imagen de las hormigas, la otra imagen que le sugiere a Ildefonso la humanidad es inevitablemente la de los animales estabulados. Al menos en la

etapa histórica actual, ya que, en las épocas de grandes migraciones y la expansión de grandes imperios, las tribus y las demás modalidades de organización de los pueblos, incluidos los ejércitos de naciones en expansión, se movían por la geografía mundial en busca de pastos para sus ganados o territorios de cultivo, que no pertenecían a nadie o de los que se apropiaban cuando expulsaban a otros que no eran capaces de defenderlos.

Pero ahora cada palmo de tierra parece tener dueño. Ya no cabe, y mejor que no suceda, piensa Ildefonso, una gran invasión. Repasando mentalmente ve que la mayoría de las invasiones o conquistas territoriales sucedidas en los últimos siglos han fracasado. Las únicas corrientes que parecen imparable y que no hay límite que sea impermeable es el de las migraciones de aquellos que buscan un futuro que no tienen en su lugar de origen. Mezcla lenta de poblaciones que acaban en el caso ideal unificándose o que forman pequeños reinos de taifas incrustados en la sociedad de destino, todos compuestos de gente que acaba establecida en un lugar. Estables, establecidos, estabulados.

Quizá de ahí deriven las marcas de identificación y elementos del establo para sentirse miembros de un grupo. Pero parece una vuelta a empezar perpetua, un retorno a la tierra de las tribus, a la identidad de grupo que lleva a la confrontación, a un presumir de quien soy yo frente a los que son los otros. Lo que pasa es que las grandes corporaciones y el capital no

necesitan que sus cabezas visibles sean demasiado visibles. El hombre con el gran tatuaje en el cuello y la mujer con el ostentoso piercing en la nariz, piensa Ildefonso, muy probablemente no forman parte del consejo de administración de ninguna empresa del Ibex35 y tampoco parece que sean cabezas de lista de ningún partido del sistema. Si lo fueran preferirían que fueran sus *súbditos* los de las marcas visibles para poderlos así mejor identificar y pastorear.

18.- La imaginaria y sorprendente simbiosis hombre-araña (e incluso hombre-hongo)

Ildefonso, dado que tiene tiempo para elucubrar, piensa en una posible simbiosis con otros seres que nos libren de las auténticas bestias depredadoras, que son los mosquitos.

Ay el mosquito tigre. Ay todos los miles de especies de artrópodos entre los que se encuentran los insectos que pululan todos los lugares de veraneo. Que luego se traen inopinadamente los veraneantes en el coche. Porque a los mosquitos tigre les gusta viajar en coche. Vio Ildefonso en las noticias que lee en el periódico de internet, en su vagón, que se han organizado batidas para mejor identificar las rutas por las que viajan los mosquitos tigre a bordo de los turismos para colonizar otras tierras, cual invasión extraterrestre. O sea, desde otras tierras.

Esta imagen del mosquito viajando en naves espaciales para el bicho, que son los vehículos de los veraneantes, tiene mucho de apocalíptico, de bestias que arrasan con su presencia la Tierra y sus habitantes. Y de película de la guerra de los mundos. Ya se decía a sí mismo que los extraterrestres no tienen por qué ser de nuestro tamaño. De hecho, pasarían desapercibidos si fueran como insectos. Pues ya los tenemos aquí. Produciendo grandes daños en los seres teóricamente más perfectos de la naturaleza que somos los humanos.

La Chikungunya es el nombre de la rara y tropical dolencia (fiebre, fatiga, malestar, dolor de cabeza) que es capaz de producir la picadura del mosquito tigre y es debida a la inoculación de un parvovirus de un humano infectado, virus que se lleva el mosquito con cada chupito de sangre que le saca al enfermo y luego se lo inocular, sin querer se supone, a un individuo sano al picarle, en otra parada o estación de su merodeo alimentario, para sacarle también al recepcionario, del regalito vírico, su sangre.



Y entonces piensa Ildefonso que ¿por qué no intentarlo mediante una imaginaria simbiosis hombre-araña. Si. Es sabido que las arañas cazan artrópodos de todos los tamaños que son la base de su alimentación: moscas, mosquitos y en general todos los bichejos voladores que caen en sus redes. Redes vamos a calificarlas de invisibles, que tejen con seda pegajosa especial que sale de su propio cuerpo. Imagina Ildefonso modificar genéticamente arañas, que sean amigables con el ser humano, si eso es posible, para que vivan con él de la misma forma que viven los lactobacilos, en una simbiosis en la que por definición ambas partes saquen beneficio. En efecto: el arácnido se dedicaría a cazar cualquier otro artrópodo que se acercara al ser humano y el ser humano se encargaría de llevar los arácnidos con él a todas partes.

Los lactobacilos ya lo hacen. Consiguieron un pacto con los humanos de forma que ambos viven en total armonía como un todo. Si no tuviéramos el apoyo de los lactobacilos que colonizan todos y cada uno de los orificios de nuestro cuerpo estaríamos sometidos a continuas agresiones de otros microbios agresivos para nuestro organismo. Si ese planteamiento es válido a escala microscópica, ¿por qué no ha de ser válido a escala un poco mayor, digamos macroscópica?

Bueno, quizá daría un poco de asco ver centenares de arácnidos escondiéndose en los recovecos de la piel de los humanos. Quizá sería otro factor más de distinción ese de "tú tienes tal y cual y yo tengo estos otros".

Por si acaso yo no descartaría que se diera una solución intermedia y más aceptable, del tipo de que algunas especies de arácnidos también microscópicos atacaran en grupo y neutralizaran a los mosquitos tigre en el mismo momento en que detectaran su presencia en la piel del humano. Entonces sería una guerra a escala microscópica y cruenta en la que artefactos en proporción gigantescos, como serían los mosquitos, caerían por la acción coordinada e invisible a simple vista, de los simbióticos arácnidos.

Aunque, como la imagen de los arácnidos está dando grima a la mayor parte de la audiencia, vamos a imaginar que son hongos microscópicos. Los hongos son seres extraños que nadie sabe muy bien cómo funcionan. Unos hongos que nada más un mosquito tigre clavara el aguijón en la piel humana, se unieran al flujo de sangre y se reprodujeran como bestias en el aparato digestivo del mosquito reventando todas sus cavidades. ¿No querías guerra, maldito mosquito depredador? Pues toma un poco del cariño que generas. Por agresivo y poco compasivo.

Si. Mejor un hongo, que no hay quien lo entienda. Además, las arañas dan mucho asco. Y de paso que mantenga a raya a las bacterias nocivas. Que les dé un chorrito de penicilina. A ver si les gusta.

19.- Smart-cars

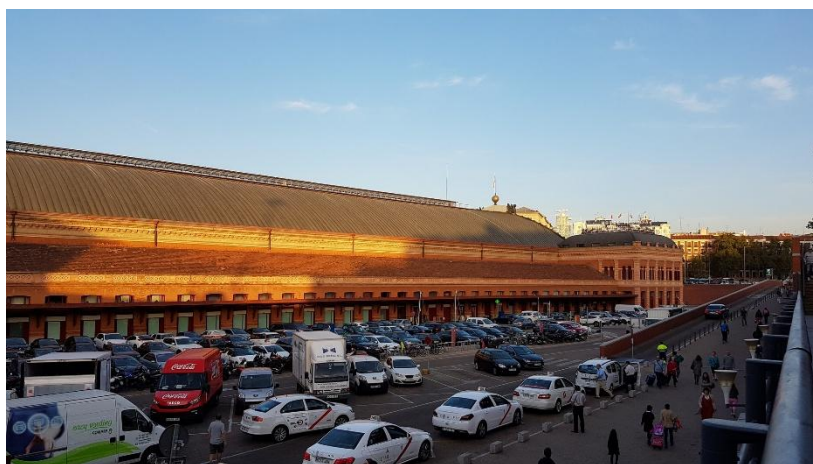
Hoy le da, nuestro amigo, un repaso a los coches inteligentes, a los que, más que como coches los ve como espías privados.

Y en esto que se entera Ildefonso que Google está experimentando con coches inteligentes. Coches que funcionan solos sin necesidad de conductor. Te sientas en el coche a ver la tele o a jugar a las cartas o a dormir la siesta y cuando te das cuenta estás llegando al destino. Pongamos que se trata de líneas experimentales en carreteras especialmente preparadas, en trayectos sin complicaciones, con ciertos vehículos adaptados convenientemente, haciendo convoyes para ir todos a la misma marcha como macro-trenes, unos detrás de otros a la distancia ajustada para que en caso de incidencia la parada no acabe en choques y todos los etcéteras imaginables. Pues si se puede imaginar, se dice a sí mismo, es posible.

Las autopistas serían como grandes vías masivas de transporte. Podrían casi competir energéticamente con los trenes, instalando líneas eléctricas de uso público (pagando cada cual su consumo) para que cada coche extendiera su trole y se supliera de electricidad. Sin necesidad de costosas baterías, como las que usan los coches híbridos, ni de parar cada x Km para repostar.

Esto de los coches inteligentes, como casi todos los grandes inventos que se han imaginado antes, no acabarán siendo como en un primer momento se imaginó para ellos.

Recuerda Ildefonso la serie del Coche Fantástico, Kit, que respondía a su piloto que se comunicaba con él por medio de un *smart-watch*. Lo del *smart-watch* está claro. Ha sido así, pero en cuanto a Kit, nadie sabe cuál podía ser su fuente de energía, seguramente nuclear o algo poco ecologista.



El coche respondía a estímulos con un espíritu de cobijo para su dueño. Sabía todo lo que necesitaba Mike, como Google sabe todo lo que yo necesito, hablo o pienso, y se anticipaba, como también hace Google, con todo lo que fuera oportuno en cada momento. Le dice a Ildefonso a cuántos minutos se encuentra de su trabajo sin que él le haya manifestado nunca dónde trabaja. Sabe si llegará tarde cuando nunca le ha comunicado a Google su horario. Sabe mejor que su jefe si sale a su hora o se escabulle unos minutos antes porque le interesa llegar antes de que cierren a algún sitio.

Así que la verdad es que lo esencial del smart-car ya lo tienen listo. Sólo se necesita que la gente pierda el miedo a no tener tampoco el mando de su coche. Al fin y al cabo, es como sería en el tren, *smart* aunque sin *car*. Puede que hayan puesto en secreto un sensor de tipo wifi o algo así y la compañía sepa de todos los que viajan en el tren. Si llegan a su hora o ese día se han dormido. Si bajan en su estación o qué. Esa es otra. No creo que fuera tan difícil que la compañía de transporte avisara a cada usuario de forma personalizada cuando está llegando a su destino. Bastaría con poner wifi gratis en el tren y un aviso de que su uso implica aceptar las condiciones necesarias, como cuando te hacen aceptar que deseas que una cookie trace todos tus movimientos en una página.

O sea, recapacitando que es gerundio: en realidad ni siquiera hace falta el *car*. Ya lo saben todo de nosotros. Vamos a morir todos en sus manos. De aquí no se libra nadie. Pánico. Puede que estemos ya en una forma del fin del mundo. En '1984' había una forma de escapar al control del 'Gran Hermano', que era eludir la pantalla por el medio que fuera. A lo mejor hay que pensar en eludir usar el smart-phone.

Cuanto más *smart* son las máquinas, más *bold* son los humanos. Ya no hacen falta establos. Pueden ser también virtuales. Las compañías de telefonía para empezar. Los organismos del Gobierno por el otro flanco. Puede que después de todo no sea tan buena idea tener un *smart-car*.

20.- *Starving children kissing priests*

Ildefonso se desengaña de la religión, al menos de las creencias irracionales y fundamentalistas de algunos fieles.

Ese día Ildefonso se puso los auriculares porque no tenía ganas de leer y escuchó algo en la radio que le escandalizó. Pilló por casualidad una emisora de predicadores y uno de ellos, con voz alegre, decía algo que Ildefonso no se creía estar escuchando. El discurso iba más o menos así:

"Alégrense y den gracias a Dios por nuestros misioneros. Hay muchos niños que necesitan nuestra ayuda y los misioneros son nuestro brazo benefactor. Millones de niños en todo el mundo pasan hambre todos los días. Otros millones no tienen medicinas, ni hay hospitales donde tratar terribles enfermedades, sida, malaria, tuberculosis, enfermedades digestivas, que se ceban en ellos, sin haber podido hacer nada por evitarlas porque no hay un sistema de salud. Muchos han perdido a sus padres por causa de las guerras que asolan esas tierras. Otros trabajan en régimen de semi-esclavitud controlados por mafias al servicio de intereses lejanos. Dios ama a los niños y nosotros que tenemos de todo, hemos de ofrecerles nuestra ayuda generosa para paliar los sufrimientos de estos pequeños hijos de Dios. Bendito sea Dios."

"O sea", se dijo, "Dios ama a los niños y deja que haya millones de ellos que pasan hambre, que no tienen medicinas ni hospitales, que trabajan como esclavos, que están huérfanos por las guerras e intereses de otros... No lo entiendo".



Ese día Ildefonso notó, casi físicamente, caer un velo que le impedía ver la realidad con los ojos de la religión. Cómo de forma sibilina se modifica la realidad, o mejor, la percepción de la realidad, contándola de tal forma que parezca lo que no es. Si Dios, un ser todopoderoso ama a los niños, ¿cómo puede dejar que sufran de esa forma inhumana?

El problema ya no es que eso sea así, que lo es. Que los niños en el mundo, en muchos países no son más que pequeños peones de carga que además tienen enfermedades y no conocen el cobijo de una mano amable. Ese no es el problema que Ildefonso estaba viendo, puesto que de esa situación ya era consciente y la abominaba. El problema es que otros seres humanos le intentasen vender como lógico, casi necesario, con éxito muchas veces, lo que es una desgracia y una negación de la lógica, una barbaridad dentro del universo *buenista* que configura la religión. Algo que acaba siendo solamente el motivo o excusa para que otras personas, que se supone sin duda honradas, dediquen su vida, den su vida, para que las cosas no sean tan dramáticas y lo hagan de tal forma que no renieguen de sus creencias, que les llevan a admitir al mismo tiempo que eso es la voluntad, buena, de Dios.

El dilema es grande. Es evidente que el predicador *mentía*, o si queremos rebajar su culpa, no estaba acertado en sus afirmaciones. O Dios es bueno y no quiere que los niños sufran, pero no es todopoderoso, o Dios es todopoderoso, pero no le importa *suficientemente* que los niños sufran. En la escena pintada por el predicador algo estaba mal. No era consistente. Entre otras cosas el misionero que deja su vida para ayudar a otros parece que esté enmendando la acción, o la falta de acción, de su Dios.

Desde ese día, Ildefonso enchufó la radio con cautela. Hoy no era su mejor día. Hoy debía pensar en relajar el espíritu

y no seguir en esa línea. Puede que sea bueno que los demás miembros de su especie vivan en un mundo ideal predicado de forma que uno acabe tragándose todos los sapos que quieran los que les aleccionan. Pero él no. Ildefonso no dejará de pensar por si mismo.

21.- La propiedad privada

Otro encontronazo de Ildefonso con lo que, de tanto haberlo escuchado, deja de tener significado, aunque siga ahí a la vista: seres humanos como propiedad de otros seres humanos.

No tenía intención de leer mucho, y buscando entre sus e-books le salió al encuentro, dentro de la carpeta Libros HTML, una edición digital de la Biblia que había descargado de internet. Y fue a ver lo que decían los diez mandamientos, pues le parecía que al menos tenía la virtud de ser un *código* breve y fácil de recordar, y no como sucede con las leyes elaboradas en el parlamento, que no hay por dónde hincarles el diente. Y como solía leer con espíritu crítico, al llegar a un punto se quedó con la boca abierta. No le gustó nada. Veréis lo que estaba leyendo en Exodo 20.17:

"No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo."

O sea, que la mujer ES DE su prójimo. Que ella no tiene autonomía. Que ella no tiene voluntad. Y si la tiene se aguanta, porque es una propiedad de su señor dueño, como el siervo, la criada, buey, asno u otra cosa. Se ve que la ley estaba escrita para patriarcas, pues tenían siervos y criadas. Se ve que la ley consideraba la unión de hombre y mujer un caso de propiedad del primero sobre la segunda.

Ese carácter de propiedad lo impregna todo. Es curioso, pensaba Ildefonso, que los humanos nazcan desnudos y pobres, pues no tienen nada, y acaben queriendo tener muchas cosas como propias, aunque mueran sin una propiedad que llevarse y desnudos (dentro de sus ropajes). El problema es que ese sentimiento está totalmente extendido, en la mayoría de las sociedades, y choca con los instintos más básicos de Ildefonso.



Porque él no puede sustraerse a la atracción que le causan ciertas formas femeninas y ciertos movimientos de la anatomía de sus congéneres dentro de su ropa cuando realizan cualquier acción. Las leyes, pero sobre todo las leyes divinas, deberían tener en cuenta esa atracción que está escrita en sus genes y a la que no puede sustraerse. No hay propiedad que pueda impedir que él desee con todo su corazón a la mujer de sus prójimos. No puede ser que Dios en su divina inteligencia haya sustraído este requisito por medio de sus leyes al tiempo

que lo escribe a fuego en los genes de todos. Es un problema no resuelto, como no lo estuvo la alternancia de poder en el imperio romano, que se realizaba con frecuencia por la fuerza de los hechos consumados.

De donde las leyes no son prácticas, no tienen en cuenta que el ser humano tiene otras apetencias, otras normas que seguirá como los planetas seguirán al Sol, porque siempre, aunque no lo sepa, aunque no quiera, está en su naturaleza. La mujer no es del hombre. El hombre no tiene ningún derecho sobre la mujer y viceversa. Hay que pedir permiso para un beso y mucho más para cualquier caricia o roce. Y son sólo los actores interesados los que pueden decidir sobre su futuro, porque ni su supuesto propietario, ni la sociedad, ni las leyes divinas han sido capaces de regular este derecho impreso en la propia naturaleza humana.

Y vio Ildefonso que la Biblia, y por extensión ningún libro escrito o recitado, podía resolver su situación, sus dilemas y sus dudas, y decidió que de ahora en adelante no iba a *seguir* los dictados de ningún libro, ni siquiera los libros de instrucciones, y fue para él un día bueno, el día primero de la era de Ildefonso, sólo ante la eternidad de su propio destino.

22.- Pantalones rotos, sobre todo en las rodillas.

Sobre la racionalidad de nuestros actos, duda Ildefonso cuando ve que hay gente con menos cerebro que una hormiga.

Ildefonso reflexionaba sobre lo que le costaba ahorrar unos euros cada mes en la factura de la luz, que tenía la costumbre de subir cuando más falta le hacía para mantener su casa habitable. Se cambió de compañía eléctrica para aprovechar una oferta, pensada ésta para cazarlo y engordar así la cifra de sus abonados. En la letra pequeña, lo que ganaba por un lado lo perdía en otro, de manera que lo que ahorra no era para tanto. También cambió sus yogures favoritos, de marca, por otros de marca blanca del súper. Con gestos así, apenas si lograba equilibrar su menguado presupuesto para no incurrir en deudas. Tenía un cuidado exquisito con la ropa, para no cambiar de pantalones o chaqueta más frecuentemente que lo que le permitían sus ingresos. Entonces no lograba entender, por más que se estrujara el coco, esa absurda moda de rasgar los pantalones, a ser posible por las rodilleras, que eran justo la parte más sensible. Cuando era pequeño, alguna vez su madre tuvo que remendar sus pantalones por algún enganchón sufrido que le hizo *un siete*, pero le daba vergüenza tener que usar esos pantalones remendados para burla de sus compañeros de clase. Cosas de críos, pero que nunca se olvidan. Y sin embargo ahora no solo no tienen vergüenza, sino que los rompen a propósito. Incluso mucho peor, se los compran ya rotos.



Y pensaba en todo el camino que sigue la ropa para su producción, partiendo del cultivo del algodón o de la producción industrial de fibras, su tejido en fábricas, el diseño de las prendas, su corte, su confección, su teñido, toda la publicidad para asegurarse las ventas, el transporte, los créditos al comercio para poder acumular mercancía en sus estanterías, perchas y escaparates, la luz y el aire acondicionado de forma que los compradores estén a gusto, los sueldos de los vendedores y de la seguridad para evitar robos, los seguros, los impuestos... Y en algún momento de este proceso, entre la producción de las prendas y su puesta a la venta, seguramente bastante más cerca de la etapa de su fabricación, alguien con toda su intención y conocimiento, produce un estropicio justo donde más suele sufrir la pieza, para que alguien, al comprarla, se sienta *guay*, porque sigue la moda.

Este tipo de cosas confirman la hipótesis de Ildefonso sobre la escasa capacidad mental de *la gente*. De su grado de incompetencia y de aceptación gregaria de los dictados de alguna inteligencia oculta detrás de convertir a la gente en más tonta. Porque desde luego, estas ropas rotas de origen van a durar menos que si estuvieran nuevas, que todo lo nuevo se suele cuidar más para que no engrose el ejército de los despojos.

23.- Salimos más fuertes

No, el único enemigo no es el virus. Ese va a lo suyo, puede que no sean tan malos. Los auténticos enemigos fueron los que nos encerraron entre 4 paredes por decreto.

Yendo a coger el tren, en el suelo del andén se encontraba un guante de esos ridículos que nos hicieron llevar en la pandemia cuando aún no había de los otros, tal como si hiciera el signo de victoria. No queda claro quién tuvo la maravillosa idea de hacer circular este o parecido lema, consigna o doctrina, "salimos más fuertes". A lo mejor fue el mismo que dijo que "el único enemigo es el virus".

Lamentable experimento, pensaba Ildefonso. Una cosa es elucubrar sobre que la Tierra sea en realidad lo que se mueve, cuando él sube al tren y éste se pone en marcha y otra, bien distinta, es afirmar con todo el cuajo que "salimos más fuertes". Lo primero es solo una cuestión geométrica que, tanto si es como si no es ¿qué más nos da? Pero lo segundo afecta a las personas. Que se lo digan a los cientos de miles que murieron o quedaron dañados de por vida como consecuencia de la infección del virus.



Estas cosas son las que hacen darse cuenta de que no hay que creer nada. Recordó sus clases de matemáticas del bachiller, de cuando se estudiaban matemáticas a fondo y se tenían que resolver problemas de verdad, lo que le enseñaron del uso de la lógica. Basta con mostrar un caso en que no se cumpla una afirmación para desmontar la conclusión falsa de que *en todos* los casos se cumple una determinada condición.

Lo malo es que no se aprende. Nadie pone en cuestión las cosas, porque no se informa. Ildefonso no se cree nada. Recuerda mientras va leyendo los letreros de las distintas estaciones, cada vez que el tren para, que se leyó un libro de Chomsky sobre las técnicas de manipulación que suelen emplearse para confundir y adoctrinar a la gente. Nunca le gustó que le intentaran meter ideas en la cabeza o que quisieran que pensara de una forma determinada, porque lo decía tal autoridad. Como para hacer caso a no se qué comité de expertos...

Suele alegarse que las cosas las dice un grupo numeroso de especialistas que saben del tema. No puede ser que haya especialistas para todo y menos en número suficiente para crear comités. Además de que cada vez que ha habido un avance del conocimiento realmente importante se ha debido a la acción personal de *un solo* disidente. **Galileo** con su conclusión de que los planetas, incluida la Tierra, son bolas gigantescas que flotan en el espacio infinito. **Planck** con la radiación del cuerpo negro y los cuantos de energía. **Einstein** con la teoría de la relatividad. Todos ellos hicieron avanzar la ciencia porque no seguían las directrices de ningún comité de expertos. Los generales más exitosos, como **Alejandro Magno** seguían su instinto, no un comité de expertos. Los pintores más geniales como **Van Gogh** no pintaban como sus paisanos de la época. **Steve Jobs** quería fabricar ordenadores para la gente, en lugar de grandes máquinas para las empresas y que además imprimieran documentos con letra bonita y no con esa retahíla

sosa que era el estilo de los ordenadores de su época. Es preciso abandonar el rebaño para hacer algo sobresaliente. Por todo ello, Ildefonso se sentía más cómodo *paciendo solo* que en grupo. Y no se creía nada que no analizara cuidadosamente, considerando posibles alternativas a las soluciones evidentes.

Una manifestación de ese espíritu solitario fue su actitud frente a los virus. Siempre vemos los virus como algo negativo. Respecto a este asunto, Ildefonso pensaba de forma curiosa y anormal. Leyó un libro de **Lynn Margulis** la bióloga que defendió la teoría endosimbiótica, actualmente aceptada como válida, que postula que los orgánulos conocidos como mitocondrias, que se ocupan de gestionar la energía en las células desarrolladas de los animales y de las plantas, y los que se conocen como cloroplastos, que están presentes en las células vegetales y gestionan la fotosíntesis, originariamente serían bacterias especializadas en esas que fueron adoptadas en una relación de simbiosis por las células anfitrionas de antecesores de los animales y plantas actuales y se quedaron a vivir en su interior. Este fenómeno produjo un salto evolutivo increíble que no fue realizado mediante transmisión genética. También es sabido que en nuestro propio ADN hay genes correspondientes con genes de virus o de origen vírico. Posiblemente fruto de alguna *infección*. Si una infección vírica pudo aportar genes para producirnos a nosotros, con las cualidades que tenemos, no siempre ocurrirá que otra infección sea necesariamente mala.

Ildefonso tenía el convencimiento de que alguna de esas infecciones nuevas, puede que mate a una parte de la población, pero podría darse el caso de que aportara a los genes de los que la superaran características sobresalientes ahora totalmente desconocidas. ¿Imaginaba tal vez que lo que iba a ser un resfriado, una vez disipados los estornudos y el dolor de cabeza, acabara siendo el origen de un superhombre? De igual forma que matan, los genes de los virus pueden tener la respuesta de un ser que nos supere. Entonces sí que *saldríamos* más fuertes.

24.- Donde las dan las toman. Cazador cazado

Como dice el refrán español: "arrieritos somos y en el camino nos encontraremos", así piensa Ildefonso para animarse.

Es angustioso ser esta vez la presa. Que, en lugar de ir de caza, tengas que escapar de la cacería a la que te someten. Esto pensaba Ildefonso un día de cabreo por unas discusiones que tuvo en el trabajo. En la naturaleza no te puedes confiar nunca. Siempre estás expuesto a un ambiente hostil en el que simplemente ir a beber, se transforma en una cuestión de vida o muerte. De vida porque si no bebes te mueres de sed y de muerte porque siempre están esperando, en la charca, los malos a los más ingenuos o desprevenidos que se acercan a beber. A veces la oficina es la misma jungla salvaje en la que no falta algún depredador. A veces no uno, sino una jauría.

Era viernes y ese día al terminar el trabajo, cuando llegó su tren a la estación, se fue a comprar al súper. Lo que prometía ser una sesión más, aburrida, buscando y recopilando los elementos de su lista de compra, acabó por darle una lección de vida insuperable y respuesta a sus cavilaciones. En la sección de pescadería de repente sus ojos quedaron fijos y él hipnotizado por lo que estaba viendo: una pescadilla, o un pez que se le parecía, que no estaba mordiéndose la cola, sino engullendo a otra pescadilla más pequeña, que la tenía a medio tragar en la boca. Había sido pescada en el mismo momento en

que *el pez grande se estaba comiendo al chico*. Ese pez grande pasó de repente de cazador a cazado por los pescadores.



La Naturaleza se estaba manifestando como una maestra de escuela y le daba una lección a Ildefonso: “No te preocupes si ahora eres presa, que a tu cazador se lo va a comer un pez aún más grande”. Entonces pensó “Bueno, Naturaleza, mientras no se me haya zampado antes a mi...”. Y decidió armarse con algo más que con la esperanza de que el tiempo ponga todas las cosas en su lugar.

25.- La procesión va por dentro

¿A qué viene siempre tener que manifestar desagrado o quejarse, si todo el mundo va a lo suyo? Lo mejor es hacer como la Queen, pensaba Ildefonso.

Es verdad que a veces escuchaba a la gente en su vagón quejarse, pero Ildefonso no solía quejarse y tampoco era muy partidario de dar explicaciones. En esto era de la misma idea de la Casa Real Británica que en política exterior tiene el criterio de “Never complain, never explain” (Nunca quejarse, nunca dar explicaciones).

No es mal método adoptar estos sencillos principios de conducta. No significan que se haga uno insensible, porque puede seguir haciendo lo que le plazca, *a la chita callando*. Pero además tienen muchas virtudes. En efecto: quien siempre está protestando acaba por hacerse odioso, aunque tenga razón. Una vez conocido el argumento, a la gente no le gusta escuchar siempre lo mismo. En cuanto a la segunda parte, si das explicaciones cometes dos errores en uno, porque dar explicaciones es un signo de sumisión, lo cual es impropio para alguien que es responsable de sus actos y no necesita que le supervisen y porque si hablas *eres prisionero de tus palabras*. Si has empleado una explicación que luego quieres cambiar, te podrán decir legítimamente que cuándo era tu explicación correcta, la primera vez o ahora. Y si lo que dices para explicarte es ofensivo para tu interlocutor y luego has de llegar

a un acuerdo sobre algo, tu explicación va a estar lastrando todo posible resultado y tu capacidad de reacción.

Es preferible actuar, más bien pronto que tarde, pero después de reflexionar, porque de esa forma se muestra resolución. Si actúas pronto y estás equivocado puedes perfectamente corregir y atribuirlo a un error. Hay que fijarse más en los actos que en las palabras, por mucho que éstas den pistas de por dónde pueden ir las siguientes actuaciones.

Y estando inmerso en estas reflexiones, Ildefonso asistió por casualidad a un simulacro de procesión. Un grupo de cofrades bajo un paso de Semana Santa simulado, haciendo los movimientos coordinados que se necesitan para acarrear sobre sus espaldas y sobre sus cabezas, de forma armónica y eficaz el peso del bastidor, del paso que en su día llevarán en las procesiones, con el santo, cuya masa estaba representada por unos bultos en lo alto.

Los cofrades no se quejaban y tampoco daban explicaciones. Aunque todos sabíamos lo que eran y lo que pretendían, a pesar de lo extraño de encontrarlos en tal lugar de la vía pública, no dejaba de ser una escena extraña. Podían ser, por ejemplo, en lugar de cofrades, una asociación de gente haciendo gimnasia juntos. Podía ser que por el contrario, fueran empleados contratados para llevar los pesos de un sitio a otro, sin ayuda de ruedas ni de ningún motor o empuje. Podíamos estaré asistiendo al rodaje de una escena extraña para una película *de autor*. Sin ninguna explicación, cualquiera

podía asumir que se trataba de lo que se trataba, al ver que aparentemente todos estaban allí sin que hubiera ninguna fuerza para obligarles e incluso se veían felices, aunque la procesión, en este caso imaginaria, fuera por dentro.

Con estas observaciones se le fue el rato, hoy que no tuvo muchas ganas de estudiar y habiendo leído muy poco. Pero no se quejó de ello ni tuvo que dar ninguna explicación a nadie.



26.- Se venden gamusinos

¡Ya está bien de que siempre nos estén vendiendo gamusinos!

Si hay algo que pone nervioso a Ildefonso es que le llamen a su móvil para ofrecerle comprar algo o cambiar de compañía de la luz o cualquier otra cosa de la que no ha pedido ninguna oferta. Más aún cuando está en *su* tren, perturbando su estado de aislamiento mental con tan poco decoro.



Esas llamadas que con lo escondido que está el móvil no te da tiempo a ver quién te llama y que a veces cuelgan antes de que puedas comprobar el número.

Había en su camino a la estación una tienda con un llamativo cartel como los que se ponen en la fachada de los pisos en venta con el texto “SE VENDEN GAMUSINOS”. No tenía ni idea de lo que eran los gamusinos, ni demasiado interés en averiguarlo. Como lo que le querían vender en las llamadas que recibía.

El diccionario de **la RAE** lo define como “animal imaginario, cuyo nombre se usa para dar bromas a los cazadores novatos”. Suena a alguna conspiración contra el sentido común, pero es que si recordaba la última vez que vio el telediario, todo era una sucesión de venta de diversos tipos de gamusinos. Las publicidades de los coches que tan pronto veía volar, o moverse en paisajes que cambiaban de aspecto por su sola presencia, siempre en solitario y nunca en medio de un atasco, como el veía a los coches cuando iba en autobús eran el mejor ejemplo de gamusinos. Pero lo mismo sucedía con los seguros, los crecepelos diversos, las bebidas con cafeína pero sin azúcar, las lavadoras que no necesitaban calentar el agua para dejar la ropa mejor que nueva y un largo etcétera.

Aunque la cosa no mejoraba si escuchaba en la radio la crónica del Congreso, con cortes de las preguntas de la oposición, de las explicaciones del gobierno y de los comentarios añadidos de los periodistas. Siempre rozando, pero no entrando, en lo que él consideraba razonamiento lógico, incluidos los insultos de lo más creativos entre todos.

La crónica de deportes, que se refería en realidad a cuestiones accesorias a lo que es el ejercicio físico de la gente para mantener su cuerpo sano y saludable. En lugar de ello cuentan la vida, milagros y opinión de un deportista profesional. Uno que apenas podría entender su propia factura de la luz, si es que le importara algo, pero que estaba cobrando, que no ganando, lo mismo o más que la suma de todo lo que cobraban todos los de su oficina juntos.

Y del tiempo meteorológico, ¿qué diremos? Cuando hay algún fenómeno que no han sabido prever, se refieren con total descaro al *Cambio Climático* como causante de su ignorancia. Ya sabéis a qué me refiero: “estos fenómenos extremos serán cada vez más frecuentes y mucho más destructivos, debido al calentamiento global producido por el aumento del CO2 antropogénico. Y se quedan tan panchos, cuando hace muchos años, un tipo con una varita que parecía una batuta de música explicaba señalando lugares concretos frente a un mapa hecho a mano, con las famosas isobaras y el barco meteorológico “K”, casi siempre acertando el pronóstico, sin tener que recurrir para justificar sus errores al famoso Cambio.

¡Que no!, Que se enteren de una vez, “¡Si es para venderme gamusinos, no me interesa. Me quejaré al Defensor del Pueblo!”, dijo Ildefonso en voz alta. Y nadie en el vagón tenía ni pajolera idea de qué era lo que estaba diciendo.

27.- Filomena de mi corazón

Donde se demuestra que de las adversidades se aprende.

¿Que quién es Filomena? No es ninguna mujer, ni real ni imaginaria o representación de mujer, pero a Ildefonso le motiva recordar *lo que vivieron* juntos. Volviendo al Cambio Climático, resultaba curioso, como menos, que en invierno, concretamente en enero, hubiera habido una nevada de la magnitud de aquella, que tuvo como origen la borrasca Filomena, aquella que le dejó bloqueado en casa con un par de sándwiches en la nevera, sin poder ir a trabajar y sin poder salir a comprar para comer. Y aun gracias, porque la tarde del viernes en que comenzó todo, hubo centenares de coches que se quedaron atrapados en la circunvalación de Madrid, y sus ocupantes tuvieron que dormir en el coche hasta que fueron siendo rescatados por voluntarios y por las fuerzas del orden.

Algunos trenes pudieron circular, pero con retraso, y otros se cancelaron por el curioso fenómeno que sus conductores no podían llegar a la estación donde estaban aparcados, porque las carreteras quedaron colapsadas. O sea que los trenes dependían también de las carreteras. Los metros iban moviendo progresivamente, aunque llegar a la boca de metro era una temeridad, caminando por el hielo resbaladizo y bajando las escaleras con grave riesgo de caída. En la empresa de Ildefonso les dieron permiso retribuido, para que no fueran a trabajar hasta que se pudieron restablecer poco a poco los servicios de transporte público.

Por todo ello, el cuadro era de ver a nuestro Ildefonso, siempre dispuesto a la aventura, *confinado* de nuevo en casa tras haberse superado *el pico* de la pandemia, sin provisiones, sin su diaria distracción del tren, que le servía de estímulo para soportar la soledad y el aburrimiento.



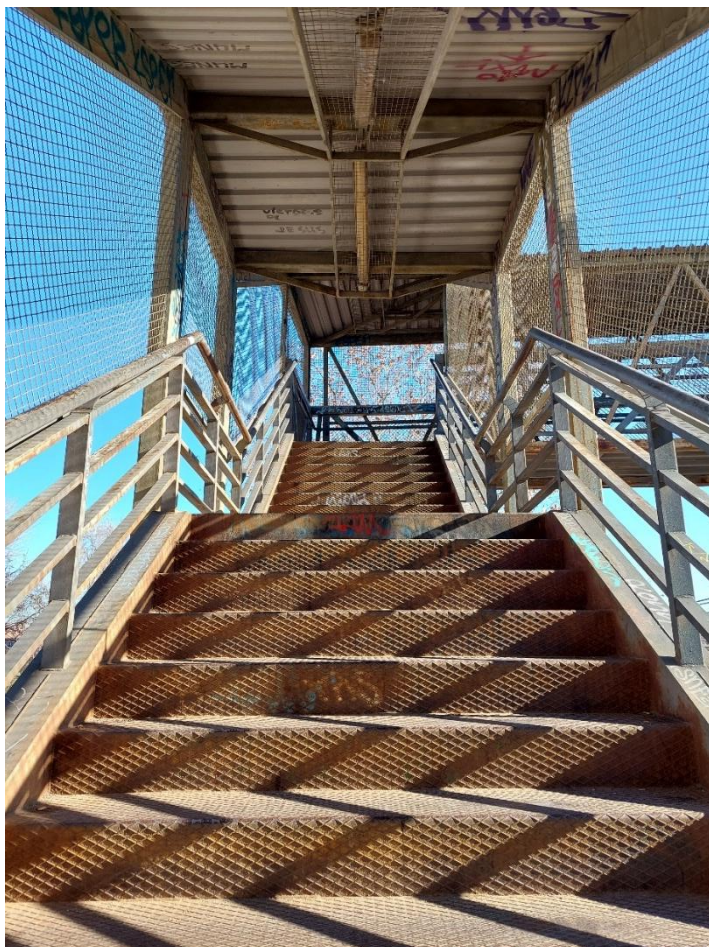
De todas formas, los días que la oficina estuvo primero parada y luego a medio gas, nadie en ningún momento echó en falta sus servicios. Bien sea porque sus clientes tampoco estaban para bromas, bien porque todo lo que hacían allí, o era totalmente prescindible o podía esperar un mejor momento.

Esto planteaba cuestiones filosóficas de gran calado, como: En resumen, ¿qué es la vida? ¿Para qué nos levantamos por la mañana? ¿Realmente necesitamos todo lo que nos rodea? ¿No será que tenemos mucho más de lo que nos conviene? Estas reflexiones y sus respuestas llevaron a Ildefonso a un objetivo drástico consistente en desprenderse aun de más cosas, de más gente fútil y vana, de más esfuerzos inútiles, para concentrarse en lo poco que realmente vale la pena. Y comprendió que Filomena le había enseñado a librarse de toda esa grasa mental. Filomena de su corazón.

28.- Ríete de la alfombra roja

Quien no se consuela es porque no quiere.

Con la ceremonia de los Oscar en su retina, incluida la alfombra roja habitual, vinieron las odiosas comparaciones.



Pues la alfombra de los Oscar sería roja, pero la pasarela para acceder a la estación no era manca. Era metálica. Hecha con materiales de larga duración, resistentes al paso del tiempo y con unas formas geométricas precisas para conseguir su objetivo de llevar a la gente de un lado a otro de la vía de forma eficiente. Estaba dotada de una malla antipánico para los que padecían vértigo y techada para que al cruzar en un día lluvioso no se calara uno hasta los huesos.

Quien no se consuela es porque no quiere. Ildefonso empleaba esta su alfombra metálica todos los días sin necesidad de ningún acto especial, sino simplemente para llegar a coger el tren. Cuando la veía en frente se podía determinar claramente *el punto de fuga* de la perspectiva. Al atravesar la pasarela se diría que ella marcaba el paso, amplificando el ruido rítmico de las pisadas. Arriba del todo se veían las vías y los trenes que iban y venían. Algunas parejas colocaban candados en la malla como si esto fuera uno de esos famosos puentes en los que dejan a veces su señal de haber estado allí, en prueba de compromiso. Sea como sea, subir y atravesar por ese paso le llevaba a otro ambiente, apartándole de donde habitaba la gente y le abría las puertas a otro mundo de movimiento y prisa.

Ildefonso estaba obsesionado por el punto de fuga. Ese

artificio geométrico que indica hacia dónde se pierde la mirada y dónde parecen confluir las rectas paralelas. Confluir las paralelas es una contradicción en la geometría euclidiana, ya que las paralelas nunca se cortan, pero la realidad parece demostrar lo contrario. Si nuestros ojos ven cómo las paralelas acaban juntándose es posible y gratis imaginar otros universos o bien otras geometrías donde las paralelas acaban juntándose. De hecho, los meridianos que pasan paralelos por el Ecuador, acaban cruzándose en los polos. Si pensamos un poco, esto es una conclusión maravillosa porque marca el camino para lograr acuerdos, aunque no tengamos de entrada ninguna intención de juntarnos con otros, simplemente observando lo que acaban haciendo las paralelas sobre la superficie de la Tierra. Y ni se inmutan.

Todo es relativo, pues: el valor que se les da a cuestiones como las alfombras rojas, la importancia del halo que despiden la fama, el transcurrir de trayectorias que jamás se juntarán, la ventaja de estar aquí o allí si todos los puntos están sobre una esfera. Si las estrellas llevan tal o cual traje o no llevan ninguno en absoluto. Si tienen algo que decir y ese algo es de agradecimiento, protesta o testimonio. Si se meten o no con el establishment, o si están de vuelta.

“Ríete de la alfombra roja. Yo la hubiera puesto verde”, pensó Ildefonso, mientras cruzaba solemnemente por su pasarela, disfrutando de los puntos de fuga.

29.- Y se lo tragó la Tierra

Hay otros mundos, sí. Pero están en éste. (Paul Eluard)

Literalmente, se lo tragó la Tierra. Ese mundo subterráneo que duplica la superficie de la ciudad, es el que hace posible y viable que aquello funcione. Es verdad que la mayor parte del día sólo se forma un atasco. Un único y gigantesco atasco que abarca toda la ciudad. Pero sin subsuelo, una gran ciudad moderna sería inviable. En realidad hay al menos tres ciudades, que son:

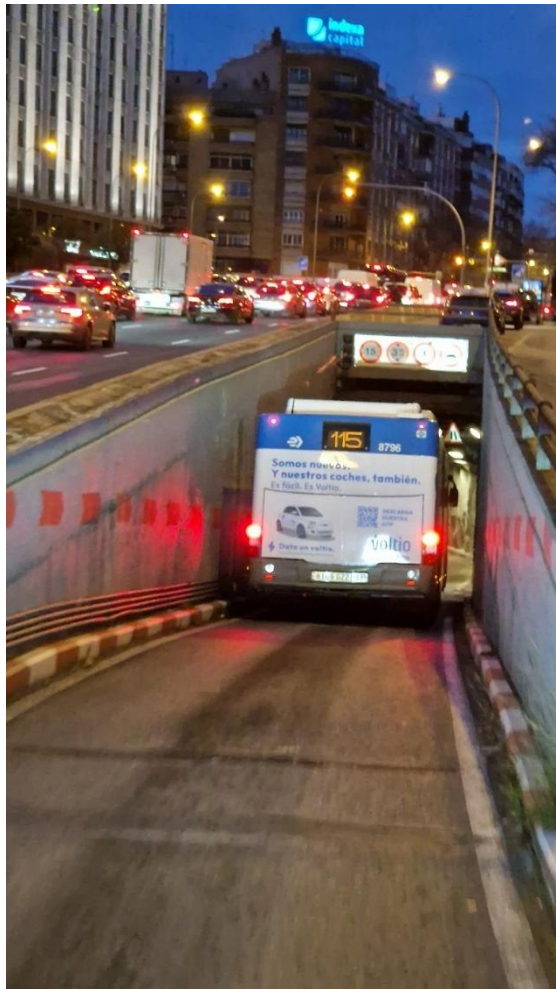
- La superficie. Esa es fácil de definir, ya que está a nivel del suelo. Ahí están las calles, el trasiego de gente, casi todo el tráfico que se ve, las tiendas, las entradas a otros lugares como son las viviendas, los edificios de trabajo, los bares, los museos y las iglesias.
- La superior, desde el momento en que hay edificios de muchos pisos, estos constituyen otro mundo. Si en promedio podemos hablar de unas 6 plantas, se trata de un espacio con características propias distinto de lo que hay justo a nivel de calle, con sus complicaciones, comunidades, relaciones entre vecinos y de estos con visitantes, disputas o soluciones que se plantean en sus estancias, en definitiva, dinámicas propias y distintas del tráfico.
- La subterránea que es la que resuelve casi todos los

problemas de las otras dos: los suministros de agua, de luz, de alcantarillado, gran parte de las comunicaciones y el tráfico de vehículos a motor sobre todo en sitios conflictivos o en los que se quiere preservar la vista noble de los edificios históricos, y por supuesto el tráfico también incesante de trenes, del metro y del ferrocarril.

Autobuses que llegan al intercambiador ofrecen un espectáculo gratuito cuando se los traga o cuando los escupe de vuelta la Tierra y son la muestra de que hay vida allí abajo. Toneladas y toneladas de hierros y gentes que van y vienen podría parecer que son una pérdida de tiempo y de dinero. Mover todo ese conjunto de ingenios de peso considerable cargados hasta arriba, que llegan de localidades o de barrios distantes o salen de vuelta, se antoja poco productivo. ¿No sería más lógico que la gente trabajara al lado de sus casas? Se ahorrarían esfuerzos, tiempo y dinero. Quizá podría reorganizarse todo para que eso fuera posible. A lo mejor se le ha ocurrido a alguien. Y sin embargo la cosa funciona de la forma que funciona y es mucho más eficiente que forzar a que cada cual viva donde trabaje.

Esto demuestra de paso que las cosas se valoran subjetivamente. No según lo que cuestan sino según lo que desea la gente. Puede que se desee vivir en un sitio determinado, por gusto o por economía, aunque se trabaje en otro distante, pensando en los colegios y otros servicios y

también ¿porqué no? Para no estar tan a disposición de la empresa como se estaría viviendo encima mismo. Las decisiones son más complicadas que la astronomía y el movimiento de los planetas.



30.- Lo cotidiano. Su gente

A punto de terminar su abono mensual, Ildefonso se nos pone melancólico



Gente desconocida, con la que se encuentra todos los días o a la que verá hoy y ya nunca volverá a ver. La puerta abierta del vagón invita a entrar. Sabe que, aunque no haya sitio, si sube podrá aun quedar en el penúltimo escalón, a modo de estribo.

Aunque sean eventuales, son su gente. Esto plantea cuestiones interesantes a Ildefonso, porque se pregunta en qué consiste la familia y en qué consisten los amigos y conocidos. Y qué importancia tienen unos y otros en su vida.

Leyó el libro de **Dawkins** sobre El gen egoísta donde llega el autor a la conclusión de que la conducta humana es en último término una serie de acciones tendentes a la conservación de los propios genes, y que por lo tanto éstos son *egoístas*. Pero él no lo ve claro.

Bien es verdad que esa conclusión del genetista darwiniano es una forma de exagerar su aportación al tema, pero se olvida en este punto que, además de los genes y el parentesco, la gente se mueve y actúa según su educación y sus valores. Esos valores, generalmente adquiridos, son capaces de mostrar otros caminos para la acción, como son las conductas altruistas en las que una persona es capaz de arriesgar su vida, sin que medie ningún contrato, para salvar a un desconocido y la sociedad premia esas conductas haciéndole héroe.

El altruismo y el ansia de reconocimiento son tan eficaces o más que los genes, que en realidad son muy poco

reconocibles, más allá de algunas características heredadas de nacimiento, que no son las más importantes para la constitución del carácter de la persona, sino más bien de su aspecto y movimientos. Cuántas veces los hermanos nacidos de una misma madre y padre son antagónicos hasta el extremo de odiarse.

Qué diremos también del fenómeno de la adopción o de la tutela de hijos de otras personas, que son tan legítimos como los conseguidos de la propia carga genética. Es otro signo de que no siempre se actúa siguiendo el mandato de los genes, sino de otros marcadores como son nuestros principios.

Estas y otras reflexiones semejantes llenan a veces los viajes de Ildefonso de su casa al trabajo y viceversa. Pero otro signo palpable de que Dawkins se medio-engaña es que allí en su vagón se siente en medio de su gente y se considera uno más de ellos.

Le gustaría poder apoyar a alguien que ve triste o que habla acaloradamente con alguien pro el móvil. A veces todo lo largo que dura el trayecto. Quisiera, como buen caballero andante, desfacer algunos de los entuertos que ve o que se imagina y no se atreve a desentrañar por si se mete donde nadie le llama. También le gustaría celebrar con algún pasajero el buen día que ha tenido y que se aprecia en su cara que se ilumina por momentos.

Aparte de todo eso, que los viajes de ida y vuelta sean algo

cotidiano ayuda a considerar que aquello es su casa, y que en su casa pasan cosas. Muchas historias de las que de verdad importan, sean o no de la familia. Porque en un sentido amplio, todos ellos, los demás pasajeros y él, son una misma cosa, parte de la humanidad. Los genes serán egoístas, pero las personas puede que a veces sean un poco humanas y seres a los que hay que preservar y apreciar.

Epílogo: La soledad

Se cierra el círculo. Habrá que cargar otro abono en la tarjeta. De momento estamos en paz.

La soledad no es un castigo, pero, como si lo fuera. Ildefonso también se ve a veces muy solo en su tren. Recuerda Lolita y sabe en su interior que no hay salida. Está atrapado en su vivencia y en su bucle sin fin y sin posibilidad de huir. No hay tal cosa como escapar del planeta. Eso es hoy, pero la incertidumbre se apodera de él cuando piensa en el futuro.

A lo largo de los años ha llegado a albergar esperanza de que saldría del círculo, pero la realidad es tozuda y le muestra todos los días su única lección, que ya se le anticipó el *Eclesiastés* y que se puede resumir en que todos formamos parte de un ciclo, en el que a veces somos el depredador y a veces la presa; que unas veces estamos construyendo y otras rompiendo nuestras propias obras, por voluntad o por torpeza; que aunque vayamos ganando, en algún momento entraremos en pérdidas. Y esto no hay quien lo pare. Es *El Eterno Retorno de lo Idéntico*, como decíamos en el capítulo 1.

La única solución, concluye, es que cuando llegue el momento nos podamos *Ir en Paz*. Solos nacemos, porque, aunque *nos nazcan*, somos nosotros mismos y nadie puede hacer nuestro papel. Igual en el momento de irse, aunque *nos maten*, somos nosotros y no otro quienes hacemos nuestro propio papel. Hay que irse en paz. Y no volver a dar la lata.



Poesías

No estaría completo un libro de caballerías como este si no contuviera unas cuantas poesías. Ildefonso escribió unas cuantas en sus diarios periplos de ida y vuelta al trabajo.

No deberíais haceros muchas ilusiones de que sean de vuestro gusto. El editor las pone aquí para que no le tengáis lástima y podáis desprenderos rápidamente de esta lectura.



Algunas de las más curiosas están a continuación, a la sombra de esta flor de cemento que traemos aquí como homenaje, pues hay muchas formas de crear poesía:

EL RAP DE LA PUPA: LYRICS

(escrita para dejar constancia de su desagrado porque -al menos- un bicho le picó y le dejó deshabilitado durante unos días)

Artrópodo malo picó-me a mi
Y una gran pupa salió-me aquí

Bicho malo vete, bicho malo, si
Bicho malo no te quiero a ti (bis)

No se quién eres ni qué es lo que quieres
Entonces me pregunto porqué me muerdes

La pupa duele como un castigo
No quiero para nada ya ser tu amigo

Vendrás con alas, serás pedestre
Pero yo te veo como extraterrestre

Artrópodo malo picó-me a mi
Y una gran pupa salió-me aquí

Bicho malo vete, bicho malo, si
Bicho malo no te quiero a ti (bis)

Cobarde bicho sal de tu escondrijo
Que si te pillo te pulverizo

Hay ecologistas, que los ven de lejos
Que aun darán besitos a estos bichejos

Mosca, mosquito u otro bichito

Ojalá te coma un periquito

Artrópodo malo picó-me a mi

Y una gran pupa salió-me aquí

Bicho malo vete, bicho malo, si

Bicho malo no te quiero a ti (bis)

(lamentable ¿no?)

The End

And, In the End,
The Love you get
Is equal to
the Love you make.

(**The Beatles**, *Abbey Road*)

